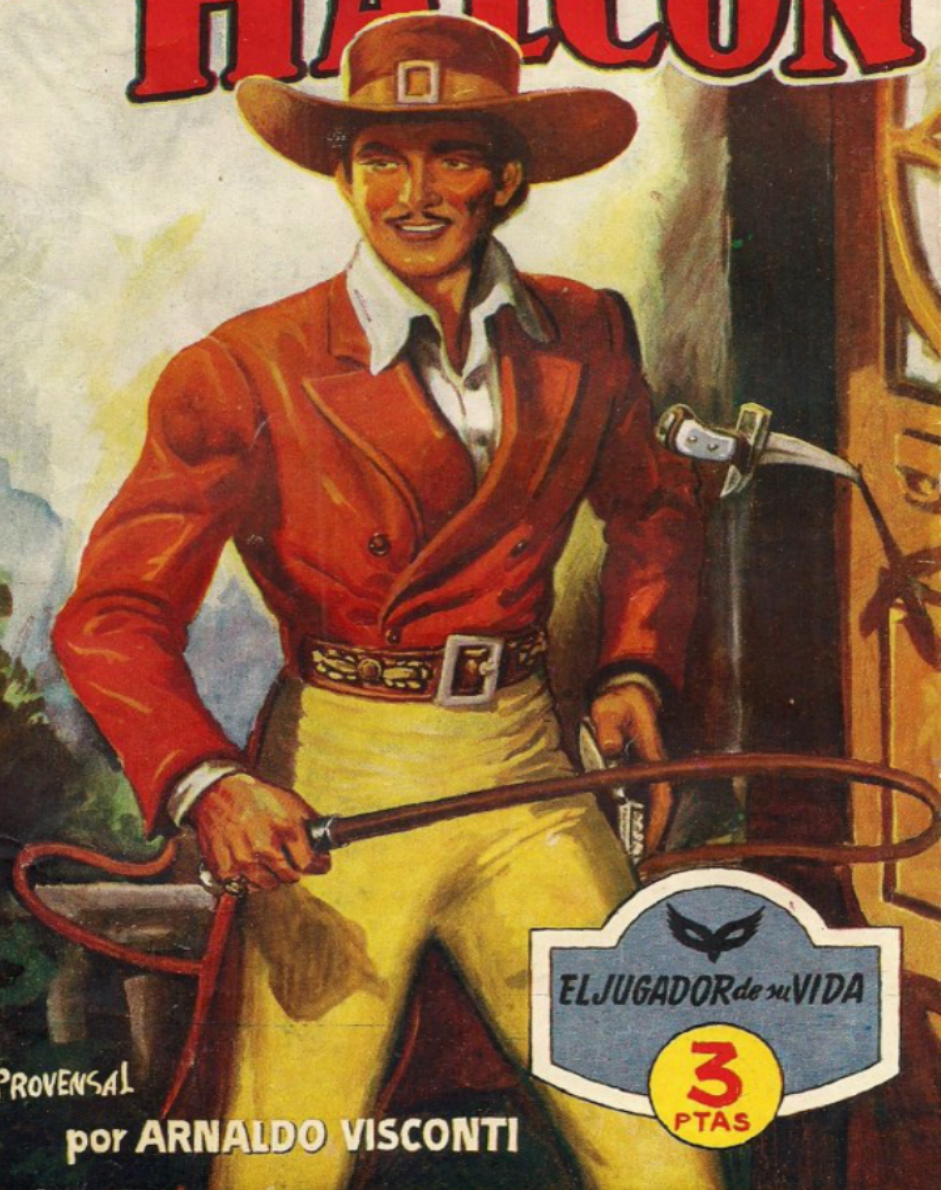


EL HALCÓN



PROVENSAL

por ARNALDO VISCONTI



El HALCON



EDITORIAL



BRUGUERA

Es propiedad del Editor.
Reservados los derechos.

IMPRESO EN
EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA



APÍTULO I

UN BUEN NEGOCIO

El polvoriento sendero serpenteaba imitando en sus ondulaciones el manso transcurso del plácido riachuelo que discurría cercano en el cauce de la hondonada, dirigiéndose hacia el Atlántico.

Era un extenso paraje desértico de mansiones, donde los incultos prados alternaban con tupidos brezales selváticos. En la ancha llanura, quebrada a trechos por peñascales y barrancadas, no había síntoma alguno de vida humana.

Tan sólo un buitre revoloteaba en lo alto, recortándose visiblemente, en lento aleteo de acecho, contra el cielo grisáceo donde el tenue azul era ahuyentado por la proximidad del crepúsculo.

El pálido ocaso hacía, destellar con reflejos sonrosados las mansas aguas de la hondonada; y de vez en cuando, en sus evoluciones, el buitre proyectaba en ellas la sombra agorera de sus alas extendidas.

Para un natural de aquella comarca, la Carolina del Sur, los círculos que describía el ave rapaz habrían tenido una explicación natural: el buitre aguardaba el momento en que cesase por completo toda señal de existencia en la presa que estaba avizorando desde la altura, porque bien conocido era que únicamente hincaba sus garras y su corvo pico, en cuerpos definitivamente inertes.

Sin embargo, no había ningún ser moribundo por los contornos. Era guiado por su infalible instinto, por lo que el viejo buitre de cuello pelado, voraces mandíbulas y maloliente plumón, había abandonado su guarida instalada en el alto hoyo de un peñascal.

Sabía adivinar certeramente que sus enemigos, aquellos seres que andaban erguidos sobre dos patas y las más de las veces deambulaban por aquellos parajes montados sobre otros animales de cuatro patas, iban de nuevo a

proporcionarle sabroso manjar.

Los había divisado desde lejos, presenciando cómo se apostaban uno a cada lado del polvoriento sendero, ocultándose entre los matorrales.

Les vió arrodillarse y colocar ante sus pechos aquel objeto largo y metálico del cual desconfiaba, porque sabía que producía un ruido estrepitoso precedido por una columnilla de humo.

Y la muerte seguía a la nubecilla y a la explosión. El viejo buitre había visto caer hombres, caballos y congéneres suyos malheridos por el rayo artificial de aquel extraño objeto alargado que solían llevar, colgado del hombro o embutido en una funda de la silla de la montura, sus enemigos de andar erguido que transitaban a ras de tierra.

Instintivamente percibió que la muda espera de los hombres ocultos presagiaba una muerte próxima y por eso trenzaba en el aire lentas coronas fúnebres.

Aquel acecho no le amenazaba a él, porque si aquellos seres hubiesen venido para darle caza, no se habrían apostado en aquella posición alejada del peñascal.

Además ni por una sola vez habían alzado hacia el cielo el bruñido tubo que mantenían ante ellos, dirigido hacia el sendero.

Cesó de revolotear y fué a posarse en lo alto de un copudo árbol. Lo hizo por el instinto maligno, no queriendo advertir con sus vuelos de macabro augurio al jinete que a lento paso de su caballo avanzaba por el camino.

Dos nubecillas blancas brotaron de los matorrales tras los que se ocultaban los dos hombres agazapados. Con un intervalo de segundos estalló un doble estampido...

El jinete que hasta entonces había cabalgado reposadamente, encabritó su caballo, que por unos instantes quedó con los remos delanteros en alto. Y la segunda bala destinada al jinete se alojó en el vientre del caballo.

Cayó el bruto de costado, como fulminado y el jinete rodó por el suelo, quedando de bruces con los brazos extendidos. Engarfiaba la diestra alrededor de la culata de la pistola, que había desenfundado tardíamente.

—¡Se acabó "El Halcón"! —exclamó uno de los que habían disparado; y enderezándose, salió de detrás del matorral, llevando ante el pecho el rifle aun humeante.

Su cómplice abandonó también su encorvada postura y pisó el sendero. Ambos llevaban plasmada en el rostro la torva expresión peculiar de un espíritu vengativo satisfecho.

—¡Cuidado! —gritó de pronto uno de ellos, saltando de costado.

El otro fué a echarse a la cara el rifle para repeler la agresión inesperada. Pero esta vez fué él quien, sorprendido, reaccionó tarde por fracciones de segundo.

Una llamarada serpenteó dos veces entre el polvo, como si surgiera del seno de la tierra y el malherido echado de bruces, apoyada la diestra contra el suelo, disparó por dos veces.

El que acababa de recibir los dos balazos mortales, giró sobre sus tacones, soltando el rifle y llevándose las manos al corazón y al centro del rostro antes de desplomarse.

Aquellos dos disparos certeros parecieron agotar la postrera energía del que había caído en la emboscada, y de nuevo quedó con el rostro pegado al suelo.

De su diestra se escapó el pesado revólver, y bajo su pecho fué extendiéndose, mezclándose con el polvo, un charco rojizo.

Junto a él, su caballo perneaba, agitándose convulsivamente en los últimos estertores de la agonía.

El único ser viviente que quedaba en pie avanzó corriendo en zigzag, preparado el rifle a todo evento.

Llegó junto al que acababa de disparar y propinó un puntapié al revólver, lanzándolo entre los matorrales. Encañonó con el rifle la nuca del moribundo y masculló:

—Te has "cargado" a Kandall, "Halcón..." Por si aun puedes oírme, quiero que sepas que el que va a darte el tiro de gracia soy yo.

Aplicó la suela de una de sus botas contra la mejilla del que permanecía inconsciente, y empujó hasta obligarle a ladear el semblante. Después, con la misma bota, empujó el hombro de su víctima, dejándole cara al cielo.

—Fíjate en mí, "Halcón", si puedes. Yo soy el que termina contigo.

El apodado "Halcón" no fingía su inmovilidad. Una mancha rojiza iba extendiéndose por su camisa, a la altura del hombro izquierdo.

Era un individuo de rostro aquilino, enjuto, de cabellos muy rubios que destacaban aún más por la proximidad del negro sombrero, caído a su espalda. Mantenía los ojos cerrados y una densa lividez confería marmóreos contornos a sus enérgicas facciones.

—Yo soy Jonathan Vickers —continuó diciendo el que acababa de aplicar ahora la boca del cañón de su rifle contra el corazón ya ensangrentado del hombre malherido—. Conque tú eras el misterioso "Halcón", ¿no? Respiras aún... Seguramente me oyes... Te "cargaste" a Randall... Pero ahora te voy a rematar, condenado pistolero redentor... Te voy a rematar...

—Yo de ti no haría tal cosa, Jonathan.

La frase pronunciada suavemente, a la izquierda del que se creía a solas con un agonizante, sonó clara y persuasiva.

Pero en Jonathan Vickers produjo el mismo efecto que si hubieran disparado un cañonazo. Dió una rápida media vuelta apartando el rifle, del pecho ensangrentado, dispuesto a disparar...

Restalló un disparo... Pero fué el rifle de Jonathan Vickers el que saltó de entre sus dedos. Alzó los brazos, manteniendo las dos manos a la altura de sus sienes.

Le quemaban las palmas, pero era un reflejo nervioso del certero disparo que había chocado contra la culata del rifle.

Vióse, encañonado por una pistola de antigua estructura, de plata cincelada, que un desconocido mantenía con la zurda.

La presencia de aquel forastero que le interpelaba por su nombre; la calmosa pronunciación de la frase; el atinado balazo; la sarcástica mirada que el desconocido le asestaba, y el extraño movimiento de su mano derecha, parecieron fascinar a Jonathan Vickers, dejándole alelado.

No conocía a aquel hombre de elegantes ropas, rostro moreno y burlona sonrisa despreciativa que hacía saltar en su diestra un dolar de oro empleando el pulgar como minúscula y lenta catapulta.

La moneda subía y bajaba con ritmo uniforme, cayendo en el hoyo formado por los dedos doblados y el pulgar preparado. El desconocido no miraba ni por un solo instante la moneda que seguía subiendo y bajando en el aire con milimétrica exactitud.

La pistola era de dos cañones y sólo había sido disparada una sola vez. Por eso Jonathan Vickers permaneció inmóvil, aunque pensando aprovechar la menor distracción del intruso.

—¿Quién... quién es usted? —preguntó aquél.

—Yo soy el que, pregunta y tú eres el que vas a contestar, Jonathan

—No te conozco.

—Tampoco te conocía yo hace unos minutos, Jonathan. Os vi a los dos desde el río. Hacía ya tiempo que el buitre me llamaba la atención.

—Tú eres forastero.

—También tú lo eres para mí.

La moneda de oro seguía subiendo y bajando con ritmo exasperante para quien, como Jonathan Vickers, estaba con los nervios tensos y aun alborotados por la repentina aparición del desconocido.

—No te entrometas en este asunto, forastero. Es un arreglo de cuentas privado entre Randall, yo y este tipo... —la bota de Vickers apuntó hacia el que yacía cara al cielo, sombreado ya el rostro por la proximidad de la muerte.

—Randall debe ser el cadáver, ¿no? Tú eres Jonathan, que así te oí presentarte al tipo ese. ¿Y quién es ese tipo?

—"El Halcón".

—Ese es el nombre de un pájaro cazador.

—Le apodaban "El Halcón", y nadie sabía quién era. Randall y yo supimos que iba a venir por ese camino. Y le aguardamos.

—Asesinándole a mansalva. Me disgusta profundamente, Jonathan.

—¿Eres... eres amigo de "El Halcón"?

—Es la primera vez que oigo hablar de él, y nunca le vi. Pero me disgusta que se mate a traición. Y, además, esto no me agrada.

El bien calzado pie del desconocido señaló hacia el caballo muerto. Pero seguía mirando a Jonathan Vickers y su diestra continuaba haciendo saltar el dolar de oro.

Jonathan Vickers forzó una sonrisa. Conocía muchos sujetos extraños, y mentalmente calificó al que le hablaba como "un granuja distinguido". Tenía un aspecto de indiferente frialdad serena y desvergonzada. Resultaba desagradable la impertinente luz maliciosa de sus ojos negros.

Su sonrisa despreciativa mostraba una dentadura blanca resaltando en el bronceado rostro y bajo el bigotillo negro recortado con esmero. La nariz aguileña, los labios rojos y carnosos, de chocante cinismo al sonreír, los negros cabellos largos y sus ágiles manos de largos dedos musculosos, crearon en Jonathan, Vickers la profunda convicción de que se hallaba ante un *tahur* por el corte de sus ropas y ante un hombre totalmente desprovisto de escrúpulos...

—No tenemos por qué pelear, forastero.

—Hay algo que puedes explicarme antes de que me vaya, Jonathan. Soy curioso por casualidad. ¿Quién era ese "Halcón"? Le llamante "pistolero redentor".

—Se metía donde no le importaba... Su verdadera personalidad nadie la conocía, pues iba enmascarado con un antifaz que semejaba un halcón, porque la nariz era un pico y el paño con agujeros para los ojos tenía apariencia de alas...

—Un tipo original e interesante. ¿Negociaba en caballos, secuestros o asaltos de Banco?

—¡Oh, no! —y Jonathan dió más relajamiento a sus brazos, mientras escupía desdeñosamente sobre el moribundo inmóvil—. Pretendía substituir a los de la ley, diciendo que estaba mal organizada. Proclamaba que era el verdugo de los asesinos que escapaban a la justicia. Mataba a los jugadores profesionales...

—¡Vaya! Un puritano moralizador, ¿no?

—Siempre que "despachaba" a alguno, dejaba su marca: un halcón impreso en negro. A veces sobre una mesa, otras contra una puerta, anunciando su llegada...

—Un romántico. Y Randall y tú sois prácticos, ¿verdad?

—Vinimos a darle caza, cuando en Rolling Fall, después de despachar en el *saloon* de Ted al abogado que era amigo de todos nosotros, le vimos tomar el atajo hacia aquí.

—Me enterece ver que representas a la justicia, Jonathan.

—Es qué, ya debes saberlo..., ofrecen una recompensa...

—Comprendo. ¿Cuánto?

—Diez mil dolares.

—Buen precio para un solo hombre.

—Te daré la mitad, que pertenecía a Randall.

—¿Cómo sabrán los representantes de la ley que este cadáver es de "El Halcón"?

—Le falta el meñique de la izquierda. Es rubio. Tiene el hoyo de un balazo en un pómulos y una cicatriz de cuchillo en el dorso de la diestra.

Mientras hablaba, Jonathan Vickers había ya bajado las manos del todo. Aquel desconocido estaba aceptando tácitamente el reparto del premio ofrecido por la captura de "El Halcón".

Cinco mil dolares eran muchos dolares.

—Vinimos a matarle desde lugar seguro porque era peligroso darle cara. Disparaba con mucho tino. Era proverbial su puntería. Un tipo, de muchas energías. Le habían herido muchas veces y siempre parecía tener más vidas que un gato. Pero esta vez se acabó "El Halcón". Le he largado un plomo de los que no fallan. ¿No ves la mancha pardusca que sale de sus labios? Es la "última sangre". "El Halcón" se está disecando...

Rió Jonathan Vickers con risa grosera, mostrando los dientes amarillentos por entre el hirsuto bigote y la mal peinada barba.

—No rías así, Jonathan —dijo el desconocido—. Me asquea verte y oírte. Me repugnan los tipos que no saben ser sucios con elegancia.

La mente de Jonathan Vickers trabajaba febrilmente. Cuando había visto caer a Randall, su único pensamiento, mientras se resguardaba de un posible disparo del agonizante, era que los diez mil dolares le pertenecerían por entero.

Disfrutaría de fama y dinero... Y ahora tendría que partirlos con aquel forastero.

Engañado por el indolente ademán de la diestra que hacía saltar el dolar de oro, aplicó rápidamente sus dos manos contra las culatas de sus revólveres.

Los había sacado a medias, cuando saltó hacia atrás, como si acabara de recibir una pedrada en la frente...

—Yo, de ti, no hubiera hecho eso, Jonathan —dijo el desconocido.

De la boca de la pistola que sostenía con la zurda brotaba el humo del reciente balazo...

Jonathan Vickers cayó de espaldas, muerto, destrozada la frente.

—Buen negocio —dijo en voz alta, el forastero—. Diez mil dolares.

La moneda de oro seguía subiendo y bajando en su diestra como un monótono y permanente surtidor dorado de flojo impulso.

En el cielo, ya de un gris plumizo, el buitre empezó a trenzar de nuevo lentos círculos, aguardando su hora.

CAPÍTULO II

UN PAQUETE DE CARTAS

"El Halcón" continuaba de bruces. Pero el reciente estampido del disparo pareció repercutir en sus fibras sensoriales adormecidas por la cercanía de la muerte.

Crispó las dos manos extendidas, hincándolas en el polvo, y arrastrándose penosamente, cerrados los ojos, avanzó por el suelo, despellejándose los codos y las rodillas en el penoso esfuerzo.

Sus dedos tropezaron con los flancos del inerte caballo, y entonces adelantó la mano izquierda carente de meñique, asiendo a ciegas, después de palpar unos instantes, la cantimplora que colgaba del arzón.

Hizo girar el tapón del gollete y derramó la mitad del líquido en el suelo, pero consiguió beber afanosamente.

Entretanto, el desconocido, que se hallaba de espaldas, colocaba en la recámara de su pistola dos nuevas balas. Suponía que "El Halcón" había muerto, y le habían pasado desapercibidos sus movimientos. Enfundó el cañón en la pistolera que colgaba a su cadera izquierda y quedó visible la culata de nácar con incrustaciones de plata, que rozaba el cinto repujado también en plata, que rodeaba su estrecha cintura.

Calzaba botas cortas de brillante cuero negro charolado, con las que fué empujando los cadáveres de Randall y Vickers hasta dejarlos ocultos entre los matorrales.

Al hacerlo, resaltaron los poderosos músculos de sus piernas enfundadas en un pantalón de montar, ceñido y de color claro.

La larga pistola no se movía, y, sin embargo, no la llevaba a la usanza de los vaqueros del Oeste, con un bramante rodeando el muslo a media altura sujetando el extremo de la funda, sino que unos broches apenas visibles sujetaban al paño del pantalón el reverso del afiligranado estuche de cuero.

Se movía con indolencia elástica, que por su apariencia de muelle siempre dispuesto a saltar resultaba mucho más peligrosa que la del hombre de ademanes violentos.

Era alto, y su anatomía maciza que hinchaba el paño de su chaqueta corta de color granate y anchas solapas cruzadas no le quitaba apostura, dando, en cambio, una sensación de vigor animal, y las anchas espaldas y los recios músculos quedaban estilizados por su altura, logrando parecer esbelto.

Una camisa blanca sin corbata enmarcaba el poderoso cuello moreno, y llevaba un sombrero de alas anchas, sin ningún parecido con los usados por aquella región.

La cinta del sombrero era una franja también granate, con hebilla de plata. La chaqueta se detenía en el talle, y a la derecha del cinto, donde solía verse en los demás la pistola, colgaba de un pequeño garfio plateado un extraño objeto.

Parecía a primera vista un tubo correoso y negro con relieves. Una segunda observación permitía adivinar que era un látigo de mango corto y larga correa que daba vueltas alrededor del mango.

Sus ropas eran de corte elegante, y aunque su atuendo nada tenía de común con los atavíos de la época, conseguía, sin embargo, llevarlo con tal naturalidad, sentándole tan perfectamente, que no producía sensación de afectamiento.

Entregado a profundas reflexiones, proyectó hacia delante la diestra, en breve sacudida. De una muñequera de cuero semioculta bajo la manga brotó el dolar de oro, y los ágiles dedos la cogieron en el aire.

Ahora, en vez de hacerla saltar, dedicóse a un extraño ejercicio. La moneda resbalaba de dedo en dedo, quedando un instante sobre el canto encima de un nudillo, y reaparecía en pie sobre otro nudillo, hasta que, al llegar al pulgar, éste la impulsaba por debajo de la palma, haciéndola reaparecer en el nudillo del meñique, donde empezaba de nuevo su prodigioso recorrido, que revelaba

una maestría infalible y ejercitada.

"El Halcón" llevaba unos instantes con el rostro pegado a la caída cantimplora. Seguía con los ojos cerrados cuando, arrastrándose penosamente, descendió ladera abajo hasta alcanzar el margen del riachuelo, donde hundió la cabeza, tendido el cuerpo en la orilla.

Tras sí había dejado un rastro sangriento.

El riachuelo no se divisaba desde el sendero, y su cauce se abría pasó entre las dos laderas.

Tras hundir el rostro en el agua, "El Halcón" reunió sus fuerzas, intentando reincorporarse. Pero cayó de espaldas, y, gimiendo sordamente, fué retrocediendo hasta quedar adosado contra el tronco de un árbol.

El crepúsculo iba invadiendo los contornos. No pudo ver la lancha de remos amarrada a unas ramas retorcidas que en penacho umbroso caían rozando el agua de la orilla.

Era una lancha vacía, de línea frágil y con las peculiares características de los botes del yate.

Tampoco podía ver al hombre que, en silencio y unos pasos tras él le observaba con cierta expresión de ansiedad.

Habitualmente, "El Halcón" tenía todos sus sentidos alerta, pero el balazo recibido había sido mortal. Sabía que estaba muriéndose y que sólo el acicate de una misión por cumplir prolongaba su agonía...

Quería quemar un paquete de cartas...

Quizá moriría dentro de unos minutos o de media hora. Pero iba a morir sin remedio. Ni el más experto de los cirujanos podría extraer la bala que se alojaba en su aorta y que le quemaba al moverse, yendo lenta, e inexorablemente, hacia su corazón.

Unas lágrimas inundaron sus claros ojos, de un hermoso azul transparente. Lloraba creyéndose a solas con la muerte en la noche, ante un río plácido, y bajo los guiños amistosos de las estrellas. Lloraba porque sus músculos no querían obedecer a su cerebro, y sus manos no tenían vigor para ascender y extraer de su bolsillo las cartas...

—¡Madre!... —murmuró, con tenue sonrisa triste—. Tus cartas... No puedo quemarlas... Nadie debería saber que "El Halcón" era tu hijo... En estos momentos quizá... quizá tu corazón enfermo recibe el aviso del mío... No quiero... ¡No quiero!...

Y la voz del moribundo se elevó:

—No quiero que cese... de latir... cuando el mío se calle... Pero ya no podré escribirte... las cartas que decías eran tu vida...

Un desmayo precursor de las tinieblas definitivas abatió sobre el pecho ensangrentado la rubia cabeza. Cuando abrió los ojos, entre la línea plateada del río y las estrellas se interponía ahora una alta silueta maciza: un hombre.

En gesto instintivo, el cerebro de "El Halcón" ordenó a su diestra que se dirigiera hacia su cinto. Pero los músculos no respondieron y el brazo quedó inerte, colgando inmóvil al costado.

La actitud del hombre desconocido no era hostil. El brillo metálico de sus ojos se había transformado en un destello de compasión ante la cruel agonía del herido. Pero nada podía hacerse por él; lo inevitable no tardaría en producirse.

Pestañearon los claros ojos azules con mirada de pavor. Los labios se crisparon en mueca suplicante, dolorida...

Había pensado hasta entonces que él estaba allí, de noche y solo, era porque los que le habían agredido habían muerto, ya que él no recuperó los sentidos en una cárcel.

También había pensado que, al morir, el buitre descarnaría sus huesos y así nadie sabría quién era "El Halcón"... Y su madre...

Había visto al buitre revolotear y acercarse una vez que tuvo un corto desmayo...

Un ronco sollozo se escapó de la garganta de Michael Ryan, apodado "El Halcón".

El desconocido frunció el entrecejo, impresionado, a su pesar, por la patética escena.

Michael Ryan habló, pero no era su cerebro el que dictaba las palabras, sino el delirio:

—Ahora sabrán quién soy..., madre, y te matará la noticia de que caí... Los rurales te interrogarán —hablaba delirando, y con nervioso sobresalto logró introducir la mano bajo la desgarrada levita—. Perdóname... Yo no quise... Yo creí que tendría fuerzas para quemar tus cartas y excavar mi propia tumba... y que "El Halcón" fuera siempre desconocido... ¡Madre!...

El último corte de la guadaña letal segando su vida le sorprendió al pronunciar en postrera exclamación el nombre que silencia eternamente la boca de los moribundos.

Se quedó adosado contra el tronco, oculta la diestra bajo la solapa de la levita y tintos los dedos en la sangre que manaba de su corazón.

Él desconocido inclinóse sobre él, y, halló lo que Michael Ryan había querido tocar en su momento final.

Era un paquete de cartas reunidas por un lazo azul, moteado ahora de estrías sanguinolentas. El desconocido se sentó junto al muerto, y los resplandores lunares le sirvieron de luminaria, a cuya luz deshizo el nudo del lazo.

Fue leyendo párrafos salteados de las cartas...

Todas ellas estaban dirigidas a distintos lugares: posadas, hoteles, *saloons*, bares de poblados diferentes... Estaban escritas en un estilo ingenuo, bondadoso, que rezumaba cariño y orgullo.

Las firmaba "Helen Ryan", y en todas ellas había una postdata más o menos larga firmada con un solo nombre: "Myosotis".

Releyó una postdata:

"Añado estas líneas sin que mamá las lea, Michael. Cuando abandonarás tu vagabundeo? Mamá está enferma: su corazón. El doctor

dice que una emoción fuerte puede matarla. Vuelve, Michael, vuelve a tu casa. ¿Por qué vivir en constante peligro y pasar penalidades; cuando podrías ser uno de los más importantes caballeros de la ciudad? Nuestra fortuna y posición y el rango de los Ryan necesitan que tú...

"No sigo porque me llamarás "presumidilla criolla aristócrata". Mamá está orgullosa, de ti. Está orgullosa porque el nombre de "El Halcón" es pronunciado con respeto hasta por los mismos rurales que te persiguen por todas partes. La gente honrada dice que "El Halcón" es justiciero, noble y desinteresado... Yo también estoy muy orgullosa de ti, Michael. Pero debes volver. Abandona ya la misión que tu romántico carácter te impuso por rebelión de tus sentimientos buenos y nobles. No sigas persiguiendo la maldad y la injusticia, porque son fuerzas que te vencerán. Un hombre solo, aunque sea como tu un santo exterminador, aunque sea como tú tan valiente, bueno y recto, ha de perecer en esta lucha desigual.

"Regresa, Michael... Yo también estoy orgullosa de "El Halcón"..., pero quiero que mi hermano Michael Ryan regrese a su hogar y ocupe el lugar que le pertenece.

"No lloro, no, Michael. Río siempre para que mamá esté contenta. Te abrazo con toda mi alma, Michael, mi valiente hermanito,

"Myosotis."

El desconocido volvió a colocar esta misiva en el interior del sobre dirigido a "Michael Ryan. "Harness Bar". Briskin (Georgia)".

Sus ágiles dedos registraron el otro bolsillo interior. Había una carta, que extrajo del sobre no cerrado, en el que había una dirección escrita:

Helen Ryan
"La Falaise"
Lafayette Avenue

Beaufort (Carolina del Sur)

Era una carta escrita con letra clara de colegial, aplicado, de caligrafía sencilla.

En ella, el que firmaba, Michael Ryan, describía poéticamente, pero con encantadora torpeza, paisajes y escenas de pueril costumbrismo, como un ocioso viajero.

El desconocido guardó también esta carta, en la que, bajo la firma, el que ahora era cadáver prometía que tan pronto llegara a Savannah daría la dirección del hotel donde se alojase, y que, "como siempre", estaría unos días en la ciudad, hasta recibir respuesta de sus "dos ángeles".

En el cielo volvió a recortarse la figura del impaciente buitres, aleteando siniestramente. Aguardaba a que se alejara el importuno intruso para cernerse

sobre aquel festín de cuatro cadáveres.

Graznó irritado cuando sus ojos penetrantes vieron que el único ser con vida se dedicaba a cavar en el blando suelo de la orilla una fosa donde enterraba el cadáver del hombre que, arrastrándose, había logrado llegar hasta el riachuelo.

Fué a posarse en un árbol cercano al lugar donde yacía el caballo muerto.

Abajo, sobre la tierra recientemente removida, el desconocido arrojó brazadas de hojarasca y flores silvestres, que repartió con el pie para darles apariencia de naturalidad selvática.

—Este entierro me cuesta diez mil dolares —dijo, filosóficamente.

Alejóse después, encaminándose hacia la lancha, que se bamboleó al recibir su peso. Quitóse la chaqueta, que dobló cuidadosamente por el envés, colocándola encima de la banqueta. Quedóse en mangas de camisa, y la albura de la tela sedosa destacó en la noche.

Empezó a remar río abajo, alejándose del paraje donde se había desarrollado la sangrienta escena.

—Diez mil dolares un paquete de cartas, parece caro. Pero valen mucho más.

Mientras hablaba incrementó el ritmo de movimiento de los remos, dirigiendo la lancha hacia el puerto de Savannah en aquella apacible noche del 10 de abril de 1861.

CAPÍTULO III

VÍSPERAS DE GUERRA

—Parece usted inclinado a sentirse benévolo al juzgarlo, Capitán. Para mí, no es más que un aventurero sin el menor escrúpulo, un granuja en todo el sentido de la palabra.

—No se acalore, Stuart, al enjuiciar a un hombre que resulta un misterio para todos. Tenga presente que si fuera un granuja sin escrúpulos como usted cree, *Lord Dambley*, nuestro armador, no hubiera recomendado tan efusivamente a *Rock Gambler*. Ya sabe que *Lord Dambley* es parco en la efusión... y casi despidió a *Rock Gambler* como si fuera hijo suyo.

—Pero considere que incluso el nombre y apellido son falsos. *Rock* le sienta bien, porque es duro como una roca, y *Gambler* porque es jugador hasta la medula. A todas luces son falsos nombres. ¿Qué nacionalidad tiene?

—Lo ignoro, y, francamente, no me interesa, Stuart.

—Es algo extraño, Capitán, que un hombre con su experiencia sienta simpatía por este... este cínico fullero sinvergüenza.

La conversación tenía lugar entré dos paseantes que deambulaban por la cubierta de un *steamer* anclado a dos millas del puerto de la ciudad de Savannah, del Estado de Georgia.

Uno de ellos era *Walter Ridgeon*, Capitán del *steamer* inglés "*Bealby*", y el más joven era *Stuart Ranger*, el impetuoso piloto irlandés del mismo buque, uno de los cuatro barcos mixtos con caldera de vapor, ruedas y velas

suplementarias, que pertenecía al rico armador londinense *Lord Dambley*.

Eran las once de la noche del 10 de abril de 1861. Una noche tibia y estrellada que prestaba nitidez a los contornos del bosque de mástiles enhiestos tras los que titilaban las luces de Savanah, donde los sórdidos muelles eran antesala de la próspera ciudad comercial.

Walter Ridgeon dio unas chupadas a su corta pipa de brezo, antes de contestar a su Piloto:

—El que usted califica de cínico, fullero y sinvergüenza, es un hombre que desde nuestra llegada se juega a diario la vida.

—¡Por dinero! Sin ningún impulso noble, limpio... Vendiendo municiones y pólvora al que mejor las paga.

—Oiga —y en la voz del Capitán percibíase la sorna—: ¿en su encono contra Gambler no alentará rencorcillo por lo de Sally?

Stuart Ranger agradeció que la penumbra no permitiera adivinar su súbito enrojecimiento.

Ancho y fuerte, era brutal, pero sincero y bueno. Aunque molesto por la pulla, reconoció a regañadientes:

—Quizá en parte haya algo de eso, Capitán. Ese maldito tramposo engatusó a Sally, pero ya me las pagará...

—Usted es el que me debe una recompensa, *Mr. Ranger*.

Ambos marinos miraron hacia la borda donde Rock Gambler apoyaba las manos y con una contracción de hombros terminaba de encaramarse, pisando la cubierta.

—¡Diantres! —exclamó el Capitán Ridgeon—. No le hemos oído llegar.

—Trapos en los remos, y vine por proa hasta la escala que me aguardaba. ¿Llegó el yanqui?

—Aún no, Rock. Supongo que no tardará. Es esencialísima nuestra entrevista.



Ambos marinos miraron hacia la borda

Durante la breve conversación entre el Capitán y el recién llegado, el piloto irlandés, dominóse con esfuerzo para no intervenir. Al guardar silencio su Capitán, aprovechó precipitadamente la ocasión:

—¡Oiga, Gambler!

—Goza usted de mi máxima atención —replicó el aludido.

—¿Cómo?

—Le he indicado que disfruta usted el honor de que le preste atención, piloto.

Crispó los puños Stuart Ranger, a quien la forma de hablar aparentemente cortés del llamado Rock Gambler irritaba profundamente. Walter Ridgeon fumaba impasible, procurando no sonreír. Apreciaba por igual a los dos que ahora, frente a frente, exponían con sus gestos la peculiaridad de su carácter.

El irlandés, impetuoso y sanguíneo, tensaba todos sus músculos, plasmando en su rostro una creciente irritación.

Rock Gambler, calculador e indolentemente alerta, hizo un leve gesto y en su diestra empezó, a saltar el dolar de oro.

—¡Maldito sea usted y sus juegos de manos! —estalló el irlandés—. Nunca creí que fuera posible que nadie me sacara de quicio hasta el extremo de sentir deseos de estrangular...

—No me muerda, piloto, ni ponga ojos de gato colérico. El hecho de que yo le sea antipático, demuestra hasta qué abismos puede llegar la ingratitud humará. Usted debería besar el suelo que piso, piloto.

—¡Besaría la tierra que cubriese su tumba! Ya que oyó lo que yo le decía al Capitán. Ridgeon, estará enterado, de que no le perdono el haber empleado sus triquiñuelas para... para lograr que Sally no me hiciera caso.

—No me culpe a mí de que Sally tenga buen gusto. La más linda tabernera de Savanah era muy peligrosa para un inexperto marino irlandés...

Stuart Ranger dió un paso hacia delante, pero la voz del Capitán Ridgeon le detuvo en su avance.

—Recuerde el convenio, Stuart. No habrá pelea hasta que no terminemos nuestra labor.

Stuart Ranger dió media vuelta, saludó a su superior y en zancadas qué expresaban toda su irritación marchóse hacia el entrepuesto.

Rock Gambler, con la zurda, cogió en el aire la moneda de oro y la hizo desaparecer en la muñequera, bajo la manga.

Siguió al Capitán, y en el camarote de éste sentóse ante él, al otro lado de la mesa.

—Goza usted exasperando a la gente, Rock —dijo Ridgeon, sonriente—. A mí mismo me resulta muchas veces enojoso el oírle. Por suerte, le conozco, y hace tiempo que he adivinado que su dureza exterior es su arma de solitario y que deliberadamente ha alzado usted un muro de hostilidad porque la compañía y la sociedad de los demás le molestan y no se encuentra bien con nadie. Un día me dijo usted que a mí me soportaba. ¿Por qué no intenta soportar a Stuart?... Es un buen muchacho.

—Ya le soporto. La prueba es que me sacrifiqué cortejando a Sally, por considerar que esta muchacha sería la perdición del irlandés. Este realiza su primer viaje a esta costa, y necesita un ángel de la guarda.

—Si los ángeles de la guarda tuvieran su sonrisa despreciativa, Rock, mucha gente honesta preferiría la compañía del diablo. Comprenda que el único parecido que hay entre usted y Stuart es el exceso de vitalidad y el amor a la pelea. Stuart no respirará hasta que no logre enzarzarse con usted a puñetazos, y usted no hace nada para evitarlo, sino todo lo contrario. Muchacho..., ¿por qué no hace un esfuerzo? Yo sé que cuando quiere es usted, amable y...

—¿Quiere ahorrarme sus paternales consejos, Capitán? No se apure por su bebé. En el fondo cuenta con mi simpatía, porque tiene ojos de perrazo fiel cuando no está delante de mí...

—Y, naturalmente, como usted tiene en mucho aprecio a los animales, condesciende con Stuart.

—Usted recogió al irlandés en un hospicio, le adoptó, y le dió una carrera. Y Stuart Ranger se ha comportado como, un buen perro. No le ha mordido...

—Ya estoy enterado de su parecer. Se lo oí decir en una reunión —y, entornando los ojos, Walter Ridgeon evocó una frase de Rock Gambler: "Si

recogéis un perro que se muere de hambre y hacéis que viva prósperamente, no os morderá: esa es la diferencia entre un hombre y un perro".

—Hablando de animales, Capitán; usted que conoce todos los puertos de este litoral, ¿ha oído hablar de un pájaro llamado "El Halcón"?

—Es casi una institución en los Estados de Carolina, Georgia y Florida. Un enmascarado caballeroso que reta a los criminales que han sabido hurtarse por influencias o suerte a la acción de la justicia. Un caballero andante moderno...

—Sí. Un estúpido romántico.

—Usted quizá así lo conceptúe. Yo opino que si hubiera más "Halcones" habría menos delincuentes.

—La ley le persigue.

—Naturalmente. Aunque en su fuero interno los rurales le admiren, no pueden consentir que un individuo suplante a los jueces del Estado en su misión de administrar justicia.

—¿Quién es ese "Halcón"?

—Nadie lo sabe. Algunos pretenden que es un aristócrata del Sur; otros afirman que es un californiano... Lo cierto es que nadie le conoce, ¿no irá usted tras los diez mil dolares de recompensa que ofrecen por su captura?

—Diez mil dolares son mucho dinero, Capitán.

—Tengo la certeza de que usted no cometería esa vileza, Rock.

—Yo siempre necesito dinero y también emociones fuertes.

—Le sobran en su cometido, que usted toma como juego. Los ánimos están muy caldeados, Rock. Si los yanquis descubren que usted busca en el Sur mercado para el material de guerra que traemos de Inglaterra, y a la vez los del Sur se enteran de que usted ya vendió armamento al Norte, no doy un centavo por su vida. Además, como en todas partes, tiene usted la exasperante costumbre de ridiculizar a los que le oyen. Si está con sudistas critica el Sur, y cuando anclamos en Baltimore llama tenderos a los yanquis. Dése cuenta que estamos en vísperas de guerra. Hasta hoy ambos bandos han ido almacenando municiones que no van a tardaren utilizar. La vida humana valdrá muy poco cuando estalle el conflicto entre el Norte y el Sur. Y usted correrá continuos peligros, que se incrementarán cada día.

—No se preocupe por mí, Capitán Ridgeon. Hace tiempo que ando solo, siempre desconfiando de mi propia camisa. Reserve su corazoncito para su perrazo irlandés, que por lo qué a mí se refiere sólo me gustan los corazones salteados y a la parrilla.

Walter Ridgeon encendió parsimoniosamente su pipa, después de cargarla. Prefirió no contestar, porque, pese a toda su filosófica flema, también a instantes sentíase inclinado a irritarse ante la impertinente luz maliciosa de los negros ojos de Rock Gambler.

—A su regreso a Londres —dijo Gambler, después de unos instantes de silencio— podrá llevarse un informe completo de la situación. Tarda en saltar la chispa que prenda fuego a la hoguera, pero es un buen síntoma esa tardanza. Se acumulan rencores, y el conflicto, cuando estalle, tardará en

terminar. No será una escaramuza.

—La elección de Lincoln como Presidente ha exacerbado la rivalidad entre los Estados del Norte y del Sur —y el Capitán Ridgeon prefirió hacer historia que conversar de particularidades personales con el hombre que secretamente admiraba. El hombre que en Londres era considerado el número uno de los espías, y que aparentemente era un agente vendedor de municiones y armamento—. Sin embargo, podría ocurrir algo parecido al grave asunto relativo a las tarifas de aduanas, que durante la presidencia del General Jackson casi llegó a provocar la guerra civil. Usted conoce bien lo que sucedió, aunque lo haya estudiado treinta años después de ocurrido.

—Sí, Y fué una falsa alarma. Recuerdo casi palabra por palabra el informe qué remití a Londres. Tenía que hacerles comprender que en los Estados Unidos, y con el transcurso del tiempo, se había creado un antagonismo entre los Estados del Norte y los del Sur. A los primeros había acudido casi en su totalidad la emigración europea, y debido a esto domina el espíritu plebeyo, floreciendo la industria y el comercio. En los del Sur, por el contrario, la única riqueza es el algodón, la producción agrícola y, por consiguiente, el espíritu aristocrático. Los Estados del Norte son industriales y los del Sur agrícolas, y en la cuestión económica les conviene más a los, primeros el sistema de protección y a los segundos el de librecambio. Para que los Estados del Norte pudieran desarrollar y defender su naciente industria de la competencia extranjera, necesitaban que el Estado la protegiese estableciendo derechos de aduana altos, y así esos aranceles muy crecidos impedían que el extranjero trajese sus productos, y había que utilizar los fabricados en el país. En cambio, los Estados del Sur exportaban primeras materias, como algodón, azúcar, tabaco, etc., y tenían que comprar artículos manufacturados y necesitaban del librecambio para poder adquirirlos del que mejor y más barato se los vendiese. Con el sistema de protección, los Estados del Sur se sentían perjudicados porque tenían que comprar las manufacturas del Norte más caras y peores que las del extranjero. Este ha sido el primer roce entre Norte y Sur. Parecía que la guerra era inminente, y en tan críticas circunstancias el General Jackson, que era despótico, obstinado y brutal, procedió con una moderación que nadie hubiera creído, y promulgó una ley de Aduanas que concilio todos los intereses, y así terminó el asunto. Pero ahora, treinta años después de estos hechos, ya no habrá arreglo. Los espíritus están enconados, y lo celebro porque tengo en perspectiva unos crecidos tantos por ciento. Todos piden y quieren armas.

—Y hay quien las quiere sin parar. Ese es el principal escollo, Rock. Somos ingleses, y, por tanto, poco gratos a los norteamericanos.

—¿Quién le ha dicho que yo soy inglés? Creí que me apreciaba, Capitán Ridgeon, y acaba usted de insultarme gravemente al conceptuarme inglés.

—Sus nombres son anglosajones —replicó tiesamente el británico.

—Marca de fábrica. Pero hágame el favor de no suponerme de su raza.

—Me congratula su negativa a ser inglés, Rock Gambler. Tiene así más

excusa su perverso y maldito temperamento de diablo meridional—... Y ¡por mi cachimba!..., que no quiero acalorarme.

Una risa honda, sincera, brotó de la garganta de Rock Gambler. De sus oídos había desaparecido todo destello burlón y despreciativo.

—Me es simpático, Capitán Ridgeon.

—Ahórreme su simpatía. No la quiero —rezongó el marino.

—Vaya, no sea falso. Yo le encanto, Capitán, aunque me mira como el cisne que contempla a un pato malvado. Bien, dejémonos de ternezas... ¿A qué hora dijo que vendría ese chacal de Lloyd?

—Antes de medianoche. Procure no extralimitarse con el yanqui, Rock. Es un traidor a su cargo, pero no un traidor a su patria, porque Norte y Sur son la misma nación.

—Ese Lloyd vendería su alma al diablo. Por dinero sería capaz de traicionar a su propio padre. Esos son los informes, que entre otros, he obtenido en mi paseo por el interior.

—Entonces, le resultará simpático, por similitud de carácter, ¿no?

—No sirve usted para imitarme, Capitán Ridgeon. No ofende quien quiere, sino quien puede. Y usted no puede ofenderme, porque, aparte de que tengo una epidermis de rinoceronte, usted es un detestable varón justo, bonachón y honrado. Un ejemplar raro de la fauna bípeda llamada humana. Por eso le agunto.

—¡Váyase al diablo! Me encantará ver cómo Stuart Ranger le rompe la boca.

—Ahí es donde le duele, Capitán. Sabe usted sobradamente que si no fuera porque tengo debilidad por los perros, ha tiempo que hubiese convertido en polvo de huesos a su hijo adoptivo.

—¡Stuart es fuerte y sabe pelear! Rezaré para que le estropee esa maldita sonrisa.

—Acuérdese de Bulberry...

Walter Ridgeon había presenciado el combate entre el famoso profesional de boxeo James Bulberry, coloso de ciento diez kilos que poseía unos puños demoledores y un estilo "científico", y Rock Gambler.

Había presenciado también cómo retiraban del *ring* privado, instalado en el domicilio de Lord Dambley, promotor de deportes por afición, al pugilista, sin sentido y destrozado el rostro, mientras Rock Gambler, intacto y respirando normalmente, como si hubiera sido un asalto y no doce los que habían sostenido encarnizadamente, era proclamado el "pegador" más científico de Gran Bretaña.

—No tema, Capitán, por su pimpollo irlandés. Los puños de Stuart Ranger no lograrán siquiera tocarme, y me contentaré con enviarle al país de los sueños sin estropearlo. Un buen golpe al hígado bastará.

—¡Es usted un fatuo presuntuoso, engreído y despreciable!

—Lo soy. De acuerdo. Lo soy... porque puedo, ¿comprende?

—Escuche, Rock. ¿Por qué cree usted que no le he matado ya?

—Porque le falta valor. Usted ve caer una mosca en su vaso de leche, y la seca delicadamente para que pueda volver a volar y meterse de nuevo en su vaso.

—Son cuatro años los que le conozco, Rock. Desde hace dos, mi barco ha tenido la desgracia de ser el elegido para que usted hiciera sus viajes de Londres a esta costa. Le he ido conociendo... Sé que usted tiene un buen fondo, pese a su maldito rostro de demonio burlón, y pese a su fama de perdonavidas, tramposo y sin escrúpulos. Pero atiéndame bien: si humilla a Stuart delante de la tabernera de Savannah, yo le pegaré un tiro, y mucha gente me lo agradecerá.

—Tiemblo de pavor al oírle, Capitán. Deme una manta para que me abrigue.

—¡Váyase al cuerno!...

En el umbral del camarote, y después de repicar con los nudillos, abrió la puerta y apareció, ceñudo, Stuart Ranger.

—Llega el yanqui, Capitán Ridgeon —anunció, evitando mirar a Rock Gambler, que le contemplaba sonriente—. Su lancha se aproxima.

—Bien. Tráigalo aquí... No se vaya aún, piloto. Quiero que sepa que si no consigue usted pegar una paliza a Rock Gambler me causará una honda decepción.

—Gracias, Capitán Ridgeon —replicó el irlandés, iluminado el semblante—. Haré cuanto pueda, tan pronto me autorice a ello.

—Cuando terminemos la descarga del material y nos dispongamos a zarpar para Londres, queda usted relevado del convenio. Y buena suerte.

El irlandés dió media vuelta, abandonando el camarote. Rock Gambler dejó oír de nuevo su risa sincera, que raramente emitía.

—Son ustedes dos adorablemente ridículos. Se quieren como padre e hijo, y ceremoniosamente se largan "capitanes" y "pilotos" a todo pasto.

—Métase en lo que le importa...

—A propósito: si el chacal de Lloyd confirma sus sospechas de que la guerra es inminente, se verá usted privado de mi compañía, porque entonces tendré que permanecer aquí.

—Si es así, procure no ser imprudente. Se juega la vida y...

—Vamos a ver si nos entendemos. ¿No desea perderme de vista? ¿No desea que su angelito me propine una paliza?

—Mis... sentimientos particulares nada tienen que ver con mis sentimientos de ciudadano inglés.

—Puritano... ¿Atizar la lucha entre Norte y Sur le parece honesto?

—Sí, porque redundan en beneficio de Inglaterra.

—¡Claro!... *Right or wrong is my country*, ¿no? Con razón o sin razón, mi patria. ¡Bah!... Es usted un iluso sentimental. Se limita a cobrar su sueldo de Capitán, cuando podría haber exigido una participación en la renta del material de guerra que atiborra sus calas.

Levantóse Walter Ridgeon, y avanzó hacia la puerta, que abrió. Entró en el

camarote un militar, que sólo desembozó su capa con la que se cubría el rostro y el uniforme cuando el Capitán cerró la puerta.

—Buenas noches, Coronel Lloyd. Le presento a *Mr. Gambler*, cuya misión en Estados Unidos ya conoce.

El Coronel Lloyd, atlético y de rostro anguloso y mirada huidiza, sentóse en el sillón que le designaba Ridgeon después de saludar ceremoniosamente a Rock Gambler, que no se movió.

—Traigo buenas noticias, Capitán. Me quedo con todo su cargamento y lo pago en oro. Urge descargarlo, y tengo ya dispuestos los equipos de hombres que procederán a transportar las cajas desde su cala hasta los depósitos. Acepto el precio señalado. Traigo, además, un informe escrito para que usted, a su regreso al Londres, lo lea a los armadores qué fletan sus barcos para el transporte de armamento. Se enriquecerán prontamente incrementando las remesas hasta el máximo, y yo puedo servirles de agente de compras en el litoral desde Baltimore a Miami. Déjeme leer mi informe.

Después de dejar encima de la mesa su sombrero de anchas alas y su capa, el militar extrajo varias hojas de la cartera que a su costado pendía sujeta por correas a su cinto.

Tosió para aclararse la voz. Rock Gambler dedicábase a hacer viajar el dolar de oro sobre sus nudillos...

Leyó. Lloyd:

"Breve informe de los antecedentes y situación actual de la pugna entre esclavistas y abolicionistas. — Los Estados del Norte, industriales y proteccionistas, han continuado en su política de abolición de la esclavitud. Los Estados del Sur, agrícolas, no transigen con la abolición, que supondría para ellos la miseria.

"La elección de Abraham Lincoln para la Presidencia de los Estados Unidos ha determinado una imposibilidad de arreglo por vía pacífica. Se han formado ya dos bloques rivales y bien distanciados. Los Estados del Sur saben que Lincoln, enemigo acérrimo de la esclavitud, va a proclamar la abolición.

"El Estado de Carolina del Sur ha tomado ya el acuerdo de separarse de la Unión y le han seguido en esta secesión otros doce Estados, que han formado la Unión Separatista del Sur, con capital en Richmond. Los del Norte, mantenedores del criterio de que la Unión debe subsistir en su forma actual, han negado el derecho a separarse del conjunto.

"Los del Sur han elegido como Presidente a Jefferson Davis, General y antiguo Ministro de la Guerra. Virtualmente, la guerra había empezado desde que Carolina del Sur votó por unanimidad, la secesión o separación de la Unión. No ha habido peleas ni escaramuzas, pero los del Sur han ocupado fuertes, arsenales, aduanas y caudales del Estado mucho antes de la instalación de Lincoln en la Presidencia.

"El movimiento abolicionista del Norte ha ido aumentando

considerablemente al propagarse la lectura de una novela de la señora Harriette Stowe Beecher, *La cabaña del tío Tom*, que ha alcanzado una circulación como no ha llegado a obtener ninguna otra obra literaria."

—Intervengo —dijo Rock Gambler—. Quienes leen esa novela y creen lo que dice, son unos pobres cretinos. Los esclavos del Sur están muy contentos con su suerte, ¿no es así, Coronel?

El aludido enrojeció y miró de soslayo al que hablaba.

—Si alude usted al hecho de que poseo tierras en Virginia y soy propietario de esclavos, no lo pienso negar. Soy ardiente defensor de los separatistas. El problema de la esclavitud lo ignoran los del Norte...

—Debió usted ilustrar a los yanquis, Coronel. Si no me engaño, es usted secretario del Ministro de la Guerra del Norte, ¿no?

—En efecto —y se hizo aún más huidiza la mirada del Coronel.

—Bien... Puede usted seguir leyendo, Coronel. Es instructivo su informe.

Vaciló Lloyd unos instantes entre hablar o callarse. Volvió a dirigir sus ojos hacia la lectura:

"Los propios esclavos negros protestan de la injerencia del Norte, denegándoles el derecho a abolir la dependencia de sus patronos. Están bien cuidados, son tratados con humanidad y..."

—Sáltese ese párrafo, Coronel. Un informe no puede contener vaciedades embusteras con pretensiones de filantropía.

—¿Negará usted que...? ¡Oiga! No me gusta su forma de interrumpirme, *Mr. Gambler*. ¿Acaso es usted partidario del Norte?

—Yo soy agente de venta de municiones, Coronel. Tan imbéciles me parecen los del Norte como los del Sur, que van a lanzarse a una guerra, decididos, aunque de diferente modo, a proteger unos cuantos negros. Celebro esta imbecilidad, porque, de lo contrario, ¿de qué íbamos a vivir los listos como usted y como yo?

El Coronel Lloyd tosió, deslizando una mirada de perplejidad hacia el Capitán Ridgeon. Pero éste fumaba su pipa impertérrito...

Continuó leyendo:

"Por la posición cargo que ocupa, el firmante puede anticipar ya que estamos en vísperas de guerra. Todo está preparado para que el conflicto estalle en el puerto de Charleston, del Estado de Carolina del Sur.

"Es el puerto más importante de la costa del Atlántico y está defendido por varios fuertes, uno, de ellos en una isla en medio de la entrada de la bahía: el fuerte de Sumter.

"Otro, el de Monttrie, al norte de la misma, estaba ocupado por ochenta hombres al mando del Mayor Anderson. Los separatistas, comprendiendo la importancia que para ellos tendría la posesión del puerto de Charleston,

han afirmado que bajo ningún concepto consentirán en que se aumentase aquella guarnición, que es la única que hay en la plaza.

"Por esto, el Mayor Anderson ha juzgado prudente pasarse con su gente al fuerte de Sumter, donde estaría más seguro, pidiendo a la vez refuerzos al Ministerio de la Guerra. Este acto ha sido considerado como un acto provocador de los del Norte, y, en represalia, los del Sur se han apoderado de los demás fuertes.

"El Ministro de la Guerra, aceptando mi consejo, quiso ordenar la retirada de la guarnición del fuerte Sumter, pero el Presidente ha denegado que se lleve a cabo esta retirada, y ha declarado que está dispuesto a abastecer el fuerte de Sumter recurriendo a la fuerza si es preciso.

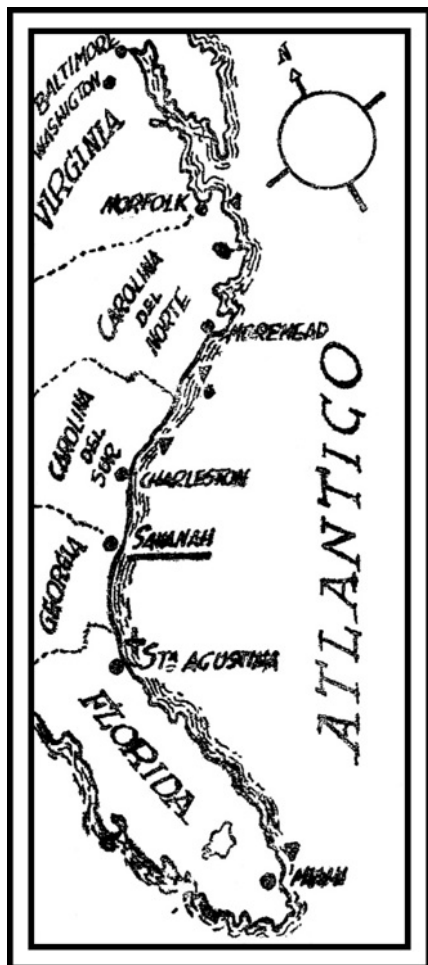
"Los del Sur han considerado esta declaración como preludio de un acto de guerra y han dicho que cualquier intento que se haga para reforzar la guarnición de Sumter lo impedirá por las armas.

"Esta es la situación. Hay cuarenta y dos piezas separatistas apuntando el fuerte Sumter, y el que suscribe ha recibido confidencialmente la información de que el día 12 del actual, a las siete de la tarde, las baterías separatistas abrirán fuego contra el fuerte Sumter, con lo, cual puede considerarse que la guerra ha empezado."

Dobló el Coronel Lloyd las hojas que acababa de leer, y las tendió al Capitán Ridgeon.

—Es preciso, Capitán, que en su próximo viaje tome el máximo de precauciones para asegurar la descarga del material. La guerra estará ya en auge, y los lugares para desembarcar serán pocos.

—*Mr. Gambler* se quedará en Savannah, y en sus incursiones por el litoral y el interior procurará informarse de los puntos costeros más propicios.



—Ignoro la capacidad de *Mr. Gambler* —dijo secamente el Coronel Lloyd—. Por mi cargo y posición, conozco los puntos considerados como indefensos, porque no están artillados abundan en entrantes propicios al fácil arribo de un barco en la noche.

De su cartera extrajo una hoja de recio papel, que tendió al Capitán Ridgdon. Era un mapa.

—He tomado como puertos libres, Baltimore para el Norte, y este de Savannah para el Sur.

—¿Los triángulos?... —inquirió Ridgdon.

—Si llegamos a un acuerdo, y soy nombrado agente de compras a las fábricas de municiones inglesas, instalaría almacenes de depósitos en estos lugares.

—¿La cruz que aparece encima del puerto de Santa Agustina?

—Denota que sería el puerto en que mantendría permanentemente un enlace para que, al conocerse la llegada de su buque, y según las circunstancias del momento, se le indicara a usted un puerto de descarga a elegir en los litorales marcados con triángulo. Conserve este mapa, y mañana por la noche volveré a

visitarle, Capitán Ridgeon.

—Yo soy meramente el Capitán de este buqué, Coronel Lloyd. Transporte el material, por cuenta del armador *Lord Dambley*. El enlace con las fábricas de armamento es *Mr. Gambler*. Con él, pues, debe usted tratar del asunto. Les dejo solos.

Levantóse, Ridgeon, entregando el mapa a Gambler quien lo introdujo, doblado, en su muñequera izquierda, bajó la manga de su chaqueta.

Al quedar solo con Gambler, el Coronel Lloyd tosió innecesariamente, irguiendo su atlético torso.

—¿Debo, pues, entender que tiene usted plenos poderes de las fábricas de municiones inglesas?

—Confían en mí y me dan un tanto por ciento considerable. Despídase usted de toda ilusión, Lloyd. Confórmese con llevarse esta carga, y en lo sucesivo dedíquese a buscarse un hoyo seguro.

—Me disgusta su forma de hablar, *Mr. Gambler*. No estoy acostumbrado a tolerar...

—Aguántese. Usted ya ha obtenido pingües beneficios al valerse de su posición oficial de secretario del Ministerio de la Guerra, para mandar suministrar al Sur armas y municiones de los arsenales del Norte. ¿Por qué está usted en Savannah y escribió a Londres a *Lord Dambley*? Porque sabía que era inminente su destitución, pese a que ofreció traicionar a los del Sur vendiendo armas al Norte. Si regresa a Washington, le encarcelarán, y si se queda en Savannah le matarán. Y si no se larga de esta costa, yo le quitaré de en medio, porque dos chacales no tienen cabida en la misma mesa del banquete que se prepara. Y considérese muy honrado de que condescienda a compararme con usted.

El Coronel Lloyd se levantó despacio, echando hacia atrás el sillón en que se sentaba. Sus ojos llameaban...

—Me va a dar razón de sus insultos, Gambler...

—No se ponga anticipadamente con ganas de sangre, Lloyd. Hay un negocio de por medio... Me da asco su mirada, Lloyd. Intente mirar rectamente como miran los hombres. Inténtelo... Quizá así tendrá menos aspecto de zorro traidor...

Con un grito de cólera, el Coronel desenvainó su sable... Oyóse un silbido agudo...

La diestra de Rock Gambler, que hasta entonces había estado haciendo saltar el dolar de oro, aplastó la moneda, contra la mesa, y fue prodigiosa la rapidez con que asió el mango del látigo pendiente del garfio plateado de su cinto.

Restalló silbando la larga correa desenroscándose veloz del mango, y el sable que esgrimía el Coronel Lloyd cayó de su mano por la tracción que en la hoja de acero ejerció la correa.

Continuó sentado Rock Gambler, que atrajo hacia sí el sable, tirando del látigo.

—Modere sus ímpetus, Lloyd. Estamos, hablando de negocios.

—¡Le doy mi palabra de honor de que no he de salir de aquí sin obtener de usted una retractación de sus insultantes frases!

—¡Ah! Pero ¿tiene usted honor?... Demuéstremelo. ¿Ve usted esta moneda?

Y dejando caer al suelo el látigo, Gambler se puso en pie, separado de su antagonista por la mesa, y señaló con el índice el dolar de oro, reluciente sobre la mesa.

—Somos competidores, Lloyd. Si usted persiste en rondar por Savannah, se tropezará conmigo. ¿Dejamos que la suerte decida? Yo, según con quien, no descendo ni me rebajo a pelear. Hay quien dice que es usted valiente. Me permito dudarle. Por otra parte, no quiero hacerle el honor de pelear con usted. Sé que la suerte favorece al mejor. Y me considero muy superior a usted en todos los conceptos. Lance la moneda y elija usted mismo. Si gana, tendrá derecho a usar esta arma...

Colocó, Gambler encima la mesa su larga pistola de plata afiligranada y doble cañón.

—Si pierde, la emplearé yo.

—Yo no juego mi vida contra quien no tiene mi concepto de la palabra de honor

—Nos puede servir de testigo el Capitán Ridgeon. Es honorable en exceso. No vacile, Lloyd. Adivino que está usted ansioso de vaciarme los dos cañones, y ya que es tan estúpido que prefiere saciar un rencor repentino, a atenerse al negocio, sopesa la ventaja de confiar en una moneda. A puños limpios, a pistola, a sable..., eligiera el arma que eligiera, no tendría muchas probabilidades de suprimirme. En cambio, fíjese qué hermosa moneda... Unas vueltas por el aire, y el Capitán Ridgeon como testigo...

—¡Sería un asesinato!...

—Miles de ellos, empezarán mañana a las siete de la tarde en el fuerte Sumter.

—¡Llame al Capitán Ridgeon!

—Usted mismo sírvame de lacayo.

Abrió bruscamente la puerta el Coronel y con voz destemplada llamó al Capitán Ridgeon, que al entrar vió en el suelo el sable y a Rock Gambler enrollando la correa alrededor del mango, que dejó colgando del garfio plateado,

—¡Acuso a este hombre de ser un retador carente de la menor educación! —gritó, Lloyd, congestionado el semblante—. Se ha comportado groseramente, con actitud rayana en...

—Abrevie, Lloyd. El tiempo es oro, y su retórica no causa la menor impresión. Escuche, Capitán Ridgeon: necesitamos un testigo que presencie un volteo de moneda que autorizará al ganador a manejar esta pistola libremente contra el perdedor.

—Se me olvidó decirle, Coronel Lloyd, que *Mr.* Gambler tiene una

manifiesta propensión a retar y provocar a cuantas personas se le ponen delante. Sugiero que olvide el incidente, y piense exclusivamente en sus intereses.

—Mi honor me impide aceptar un arreglo conciliatorio, a menos que *Mr. Gambler* me presente excusas y admita que se comportó incalificablemente.

—Cantar verdades no es incalificable, Lloyd. Elija.

En pie, Rock Gambler recogió la moneda cruzó los antebrazos, colocando la zurda sobre el reverso del antebrazo derecho, y la diestra bajo el antebrazo izquierdo.

—¡Sea! —gritó Lloyd, exasperado—. ¡Las espigas!

Tendió Gambler el dolar de oro, diciendo:

—Me quedo, pues, con el hermoso rostro de Washington.

Con la moneda, en la mano, Lloyd tomó por testigo al Capitán Ridgeon:

—Considero eminentemente absurda esta escena, Capitán. No vine a jugarle la vida a cara y cruz, pero no quiero que este... caballero, pueda creerse que soy un cobarde, ni que su bravata me asusta.

Lanzó al aire la moneda y la cubrió con su mano al caer encima de la mesa, junto a la pistola. La linterna del camarote iluminó su frente levemente sudorosa cuando apartó la mano, y el busto de Washington quedó visible en la moneda de oro.

Rock Gambler cogió la pistola, cuyo doble cañón dirigió hacía el rostro del Coronel Lloyd.

—Tengo derecho a matarle, Lloyd. Váyase. Yo me juego la vida, pero perdono la de los demás.

—¡Se acordará usted de mí! ¡Lo juro!

—No abuse de mi bondad, Lloyd. Recoja su sable, su sombrero y su capa, y lárguese. Mañana por la mañana ya no estaré a bordo. Podrá entonces venir a tratar con el Capitán Ridgeon el transporte del armamento, pagándole a él. En cuanto a mí, cuando me vea, procure, apartarse de mi camino, porque donde le encuentre le zurraré.

El Capitán Ridgeon salió tras el Coronel Lloyd. Regresó instantes después, sentóse mascullando:

—No le creí capaz de esta estúpida bravata, Rock. Jugarse la vida a cara y cruz es propio de locos.

Rock Gambler recogió de la mesa la moneda, haciéndola girar entre sus dedos antes de colocarla en el estuche de su muñequera izquierda.

Walter Ridgeon parpadeó. No había sido ilusión: la moneda de oro tenía por las dos caras la efigie de Washington. Ahora otro dolar de oro "viajaba" entre los ágiles dedos de Gambler, que acababa de extraerlo del estuche de su muñequera derecha.

Y este dolar tenía por los dos lados las espigas de trigo...

—¡Fullero! —rezongó el inglés, malhumorado—. Ya comprendo... Según lo que su adversario pide, tiende usted una moneda u otra...

—Tuve un conocido que sabía acuñar magníficamente. Le proporcioné el

oro. Sencillo, ¿verdad? Impresiona mucho a los espectadores. ¡Caramba! No pretenderá usted qué me juegue la piel a cara o cruz, ¿verdad?...

—¿Para qué esa treta? Ya tiene usted un enemigo más...

—Es que la muerte de Lloyd no debía tener lugar en su camarote, Capitán. Estimo qué es un personaje digno de la atención de "El Halcón". Buenas noches, Capitán.

—¿Se queda usted con el mapa de Lloyd?

—Sí. Me guiaré por él, después que "El Halcón" haya dado muerte a ese traidorzuelo de Lloyd.

—¿Qué seguridad tiene de que "El Halcón" se fije en Lloyd?

—Sabrá que Lloyd es un chacal que pensaba medrar encendiendo la guerra entre sus propios compatriotas, con fines detestables. Y sé que timoratos puritanos como usted y ese romántico de "Halcón", estiman justiciero eliminar a seres como Lloyd. ¡Ah! En vista de los acontecimientos, mañana me alojaré en la taberna de Sally. En ella estaré a su regreso de Londres, Capitán.

—¿Transmito a *Lord Dambley* algún mensaje particular?

—Dejaré en mi camarote un informe de mis andanzas. Probablemente pasaré la mitad de la noche escribiendo.

Instantes después, dentro de su camarote, Rock Gambler, en mangas de camisa, cogió una hoja de papel y, tomando por modelo la carta sin terminar de Michael Ryan, fué escribiendo líneas.

Las examinó después de varios ensayos y chasqueó la lengua contra el paladar, asumiendo un aire complacido...

Cogió la carta, y, bajo la firma de Michael Ryan, escribió, con letra en un todo idéntica a la fácil caligrafía del muerto:

"Me alojaré en la taberna de Sally, aquí en Savanah. Bastará que pongáis en la dirección mi nombre, añadiendo "Drinkers House", Freemont Street, Savanah. Os alegrará saber que pensando en vosotras he dado con un procedimiento por el cual no correré riesgos y permanecerá siempre desconocida la personalidad de "El Halcón". Nostálgicos abrazos."

Pasó la lengua por el engomado del sobre, y, aunque habló en tono sarcástico, no era burlona la expresión de sus ojos al murmurar:

—Eso es, "Nostálgicos abrazos"... Una expresión clásica de Michael Ryan.

CAPÍTULO IV

UN ANTRO ALEGRE

La ancha puerta abríase sobre un gran salón cubierto de espejos y dorados. En el extremo más lejano veíase un mostrador, tras el cual los espejos reflejaban cientos y cientos de botellas de todas formas y colores.

Botellas que brillaban como joyas. La menta, de esmeralda; el *chartreuse*

de topacio; la ginebra, como un claro diamante.

Alrededor del salón veíanse mesas doradas y sillas donde se sentaba una heterogénea y extraña colección de hombres y mujeres. Algunos hombres llevaban uniforme militar; otros, atuendo de marino. Los más, ropas ostentosas.

Algunos se habían despojado de las chaquetas y permanecían en mangas de camisa, sentados frente a mujeres con vestidos de baile. Entre ellas, las había mulatas de piel clara, que hacían aparecer descoloridas a las demás mujeres, rubias en su mayoría.

En el centro del salón, entre las mesas, dos parejas valseaban con música de Offenbach; lo hacían negligentemente, porque los dos hombres estaban demasiado borrachos para poder llevar el compás.

La música procedía de una orquesta de negros instalada en una galería sobre el bar. El salón olía a humo de tabaco rancio, a sudor y a vino derramado.

Sobre toda la escena pendían dos grandes arañas de cristal, brillantes, relucientes. Se estremecían blandamente cuando el peso de los bailarines hacia retremblar el armazón del viejo edificio.

El "Drinkers House", propiedad de Norah Blondel, más conocida por Sally, era un establecimiento elegante. El mejor de la populosa ciudad de Savannah, y sólo los hombres cuyos bolsillos, rebosaban de dinero podían acudir a él.

Rock Gambler se detuvo en el umbral, contemplando el salón. Se le acercó una mulata vestida de blancas sedas que deslizó suavemente un brazo por la cintura de Rock Gambler:

—Joven, apuesto y fornido —musitó en su cantarino inglés—. ¿Me convidas a beber algo, Rock?

—Avísame cuando despachen arsénico y te invitaré...

La mulata debía estar acostumbrada a recibir respuestas de esta clase, porque sin desconcertarse, canturreó:

—Verdad será lo que dicen las otras de que Sally está prendada de ti, por aquello de la aguda fascinación que ejerce el bruto, cruel, duro y egoísta. ¿No nos tienes miedo, Rock?

—Tú lo has adivinado, tanagra. Os tengo miedo... porque me asusta ver lo tontas que sois.

—Muchas de las que desprecias estarán muy contentas el día en que les digan que una bala ha terminado con tu vitalidad... Eres fuerte, Rock... Pero ya sabes, la vida es un soplo... Se apaga...

—Te lo has, ganado.

Y Rock Gambler abrazó a la mulata, besándola. La soltó, brillantes los ojos de burla. Lánguidos y levemente rencorosos los de ella.

—Eres inteligente, tanagra. Filósofa y espiritual. Tus labios tienen sedosidad de rosa morena. Pero eres estúpida...

—¿Porque estoy enamorada de ti? Más estúpida es entonces Sally...

Tras el mostrador, sentada en un elevado sillón de molduras de oro, una mujer parecía reinar en el salón.

Muy rubia, de piel blanquísima, vestida elegantemente de azul oscuro. Norah Blondel abanicábase con más nerviosismo desde la aparición de Rock Gambler.

Se maldecía íntimamente por estar enamorada del que mentalmente tildaba de fatuo, malcriado, egoísta y dotado de la cualidad de irritar hasta la exasperación a cuantos le trataban.

Pero viendo la anchura de sus hombros, la cintura estrecha, la firme nariz breve y aquilina, el destello de los negros ojos, y la blancura de los dientes en la boca huraña y sensual, Norah Blondel pretendía hallar excusas a su enamoramiento.

"Es un bárbaro, pero sin verdadera maldad. Un niño travieso, que juega con sonrisa descarada a provocar peleas"...

Interrumpió bruscamente sus pensamientos la sacudida de furor que crispó sus blancos dedos alrededor del mango de nácar del abanico; al ver a Rock Gambler abrazar a la mulata.

Y cuando él se acercó, acodándose en el mostrador, frente a ella, simuló mirar hacia otro sitio.

—Buenas tardes, reina. Ante ti el más rendido vasallo.

Ella fingió verle por vez primera y altiva saludó con indiferencia afectada:

—Hola, Rock. Te advierto que en ese sitio donde estás, sólo se bebe champaña.

—¿Por el gran honor de verte de cerca? Todo eso es ridículo, porcelana. Pero en fin, ya que insistes en invitarme, tomaré champaña...

—Diez dolares la botella y pago anticipado para los que no me merecen confianza —dijo ella secamente, tendiendo la mano.

En la diestra de Gambler apareció un dolar de oro.

—Cien dolares por una botella de champaña a medias contigo, si añades un beso.

Norah Blondel enrojeció, no por pudor, sino de enfado. Le molestaba que el hombre al que amaba, tarifase el "primer beso". Rock Gambler había venido al "Drinkers House" en cada uno de sus precedentes viajes... Y siempre hubo un duelo verbal entre ambos...

—¡Odioso *tahur*! —exclamó ella, furiosa—. ¡Yo no soy la mulata a la que acabas de...

—¡Chst! —atajó él, suavemente—. No ofendas a la pobre muchacha comparándote con ella. Atengámonos al negocio. ¿Es o no es un hermoso montoncito de dolares?

Entre sus dos manos, en cascada hizo Gambler rutilar como un prestidigitador, un arco de monedas... Las aplastó en montón encima del mostrador.

—Cien dolares contra champaña en frasco y champaña de pulpa de manzana. Que no tenga que ir diciendo que Sally es cobarde... o que se avergonzó de jugarse un beso, porque amaba al que se lo propuso.

Ella emitió una risa forzada, arqueando las cejas despreciativa.

—¡Necio! Suponiendo que fueras el último, hombre sobre la tierra, yo no...

—He venido a beber champaña y besarte, y no a oír mentiras.

—¡Trae! —gritó ella, exasperada—. Dame el dolar... No me fío de ti. Yo voltearé la moneda.

—En ese caso, yo tampoco me fío de ti, y elijo. Pero la haré cuando esté en el aire la moneda.

Norah Blondel, diestramente, hizo saltar en el aire la moneda ante ella después de colocarse de pie ante Gambler al otro lado del mostrador.

Cubrió con su blanca mano la moneda de oro al chocar ésta contra el metal del mostrador.

—Voto por Washington —dijo Gambler.

Levantó ella la mano, secretamente deseosa de ver las espigas y a la vez, mucho más íntimamente deseosa de ver el rostro de Washington, en confusa pugna de sentimientos.

Apareció la efigie del héroe de la independencia americana...

—Ganaste, Rock —musitó ella.

—La suerte favorece al que en ella confía —replicó él, recogiendo el dolar, que hizo desaparecer bajo su manga, introduciéndole en la muñeca destinada a guardar la moneda que tenía por sus dos caras la efigie de Washington—. Tengo sed y ahora beberé contigo. Te besaré en el momento que considere más apropiado y propicio. Hace tiempo que te conozco, porcelana. A ratos, estando ausente, he pensado en ti... Eres rica, vistosa, casi elegante...

Ella colocaba entre los dos, la botella y las dos copas de fino cristal que acababa de sacar de un estante situado tras ellos.

—Muchos me han propuesto casarse conmigo... Nadie sabe de qué vives, Rock. ¿Has pensado, quizá, que el "Drinkers House" en tu poder sería una buena jugada?

—Hemos nacido el uno para el otro, porcelana. Tú tienes por corazón una caja de caudales...

—...y tú un trozo de mármol...

—...que se caldea al sol de tu mirada. Pero no concibas ilusiones...

El taponazo precedió al chorro de espuma que susurró en las dos copas. Norah Blondel hablaba con frialdad, pero en su fuero interno sentía un molesto deseo de llorar.

Para dominarse, encogió los hombros con vulgaridad.

—¿Qué juego te traes, Rock?

El aludido elevó la copa en mudo brindis y bebió. Guiñó un ojo y depositando la copa vacía sobre el mostrador, se besó los dedos.

—Es el mejor de tus champañas, porcelana. Indudablemente, me quieres.

—Te he preguntado qué juego te traes...

—¿Referente a qué, quién, cuándo y cómo?

—¿Puedes por unos instantes abandonar tu endiablada sonrisa? Me asaltan tentaciones de estrellarte la botella contra... contra tu cara de gitano engreído,

—Serías la primera en lamentarlo, porcelana. Llorarías desesperadamente

curando los rasguños. ¿Al hablar de juego te refieres a mi equipaje que hoy hice traer por un marinero del "Bealby"?

—Eso es una de las cosas que deseo me aclares.

—¿Con qué intención manda un viajero sus maletas a una casa donde en el primer piso hay habitaciones para alojamiento? Las manda para alojarse, si no le piden un precio excesivo.

—Antes- alojaría a un yanqui, que alojarte a ti.

—¿Tanto me quieres que temes tenerme cerca? Cobardía, porcelana...

Repentinamente, los grandes ojos femeninos se empañaron en lágrimas, Rock Gambler pestañeó sorprendido y simuló no haberse dado cuenta.

—Escucha, porcelana...

—¿No me llames así! Tengo un nombre. Me llamo Sally.

—Nombre vulgar que no te cuadra. Déjame buscarte otro más adecuado. ¿Vale Blondie? Trato hecho. Yo te aprecio, Blondie... Casi podría decirte que te quiero. Recuerdo un perro que tuve... Era blanco y afeminado. Nos peleábamos mucho al principio. Después, hasta que se murió, no podíamos vivir separados... Pero no divaguemos. Noto en tus ojos una luz alegre, ilusionada. ¿Qué precio me fijas para alojarme en la mejor de tus habitaciones?

—No hay habitación para ti, aunque... —y ella quiso vengarse—. Quizá pueda buscar para ti una ocupación adecuada a tus aptitudes. Me hace falta un *bully* (1).

Rock Gambler rió, echando hacía atrás la cabeza.

—Puedo alojarte gratis, si aceptas el cargo, que te viene pintiparado. Un hombre que como tú no sabe descubrirse cuando habla con una señora; un hombre que busca siempre pendencia, que viste en forma estafalaria, aunque todas esas necias digan que eres elegantísimo; un hombre que lleva pistola fija en la cadera y látigo y que mira a todo el mundo como si les perdonara la existencia, encajaría maravillosamente aquí, como mantenedor del orden.

—Yo peleo por gusto, Blondie, y por ti pelearía con el mismo Belcebú. Pero no quiero tu dinero; ¿sabes por qué? Porque tarde o temprano te casarás conmigo, cuando yo lo decida. Venderás este antro alegre y nos iremos al campo. Enlazadas las manos, veremos crecer los rosales, tapizando los muros de nuestro hogar y al oír los chillidos de un Rock o una Blondie, en miniatura, erguiremos la cabeza olvidando el pasado y... ¿Dónde vas?

Norah Blondel le había vuelto la espalda y echando a correr, desapareció por una de las puertecitas que, abiertas entre los estantes, conducían al interior.

Rock Gambler frunció el entrecejo. Luego encogióse de hombros y se sirvió champaña.

A su lado se acodó un corpulento sujeto, vestido ostentosamente; una cadena de gruesos eslabones de oro cruzaba horizontalmente su chaleco.

—Quisiera conocerle, forastero —habló con voz ronca.

Rock Gambler miró de soslayo, sin contestar.

—Soy Dave Taft, el dueño de los astilleros del puerto.

Sirvióse Gambler otra copa, queapuró lentamente.

—¿No me oye? Para que lo entienda mejor le diré que deje en paz a Sally. Todo Savannah sabe que pienso hacerla mi esposa. Abandone, pues, la peligrosa tarea de rondarla.

Rock Gambler silbó entre dientes. Miraba el espejo situado frente a él, que reflejaba la figura de su vecino de mostrador. Un robusto individuo de anchas espaldas y cuello de toro... El rostro era varonilmente hermoso, pero, en aquellos instantes estaba contraído por un ceño amenazador.

—Que le sirva de aviso, el saber que a Dave Taft nadie le pisa impunemente el terreno.

Y al terminar de hablar, Dave Taft asestó un recio codazo en el costado de Gambler, cuando éste se disponía a beber.

—Fue un accidente —dijo Taft, con sonrisa burlona.

Inesperadamente, se encogió, llevándose las dos manos a la pierna y exhalando un gemido de dolor.

Atinadamente, Rock Gambler acababa de propinarle un puntapié en la espinilla.

—Pues eso no ha sido un accidente —dijo Gambler, zumbón.

Taft se enderezó con rapidez, y lanzando una imprecación, proyectó furiosamente sus puños sobre la mandíbula y el estómago contrarios.

Dos puñetazos expertos de luchador avezado. Incluyó Gambler a un lado el rostro y echó hacia atrás el busto... Los dos puñetazos demoledores perforaron el vacío...

Los que llenaban el local, sin alterarse, acogieron con satisfacción el frecuente espectáculo de una riña. Un oficial se levantó para impedir que un individuo que acompañaba a Dave Taft y que hasta entonces permaneció situado respetuosamente unos pasos atrás de su patrón, se abalanzara para intervenir...

Se oyó un restallido seco y Dave Taft apenas le fallaron los dos golpes, salió despedido hacia atrás, como lanzado por una catapulta.

El que indolentemente acababa de esquivar los dos puñetazos, habíase disparado como un muelle distendido saltando hacia arriba y la puntera de su bota golpeó estrepitosamente la mandíbula de Taft.

El dueño de los astilleros, roto el mentón, chocó de espaldas contra una mesa, una de cuyas patas se rompió. La contundencia del golpe en la nuca y el punterazo contra su mentón, le dejó exánime, sentado en el suelo, como un pelele relleno de serrín.

—¡Tú! —llamó Gambler al que no contenido ya por el oficial, fué a arrodillarse junto a su patrón—. Llévate a los astilleros y que le coloquen un andamiaje bajo la barbilla. Lo necesitará.

Después de mirar rencorosamente a Rock Gambler, el individuo desapareció llevándose el cuerpo inerte de su patrón con la ayuda de un mozo del local.

—Ya sabes que no quiero peleas en mi casa.

Norah Blondel, a espaldas de Gambler, había ya tenido tiempo de reparar con polvos los estragos del llanto que la había acometido al oír hablar de un hogar, rosales y niños...

Volvióse lentamente Gambler, y mostró sus manos.

—No me estropeó los nudillos más que en casos necesarios. Tengo mucho cariño por mis manos. Míralas, Blondie. Son grandes, tiernas, suaves... No te apures por tu novio. Le quedarán los suficientes dientes para no tartamudear cuando se te declare. Fué el verle lo que te hizo correr ¿no? Te creía más valiente.

Acogió ella ávidamente aquel plausible pretexto para explicar su fuga.

—Dave es muy violento. Supuse que pelearíais y no quise estar cerca. Detesto las peleas. Vete con cuidado, Rock. Taft es muy influyente en Savannah y tiene muchos forzudos empleados en sus astilleros. Los azuzará contra ti como perros de una jauría. No te perdonará el que le hayas humillado en su propia ciudad y casi ante mis ojos.

—Volvamos a lo nuestro, Blondie. Quiero alojarme aquí.

—¿No regresas a Londres? ¿No eras tripulante del "Steamer" del Capitán Ridgeon?

—Otra.

—¿Cómo?

—Que me hagas otra pregunta, porque a ésta no me da la gana de contestar. Recuerdo que la primera vez que te conocí...

—...te abofeteé —replicó ella, entornando los ojos.

—Mientes, dulzura. Intentaste abofetearme porque quise bailar contigo. Pero no lo conseguiste. Tan sólo rozaste mis labios... y siempre conservaré el grato recuerdo de tu tibia manecita, que parece macerada en rosas, leche y espliego, Pero había aludido a nuestro primer contacto para que me evitases repetirte lo que ya, entonces lo dije.

—"¿Qué quién soy? No le sé" —fué ella recitando las frases de Rock Gambler en ocasión del primer viaje—. "¿Mi nacionalidad? La ignoro. ¿Que cuándo he nacido? Poco me importa. ¿En dónde? No lo sé tampoco. Resumiendo y de una vez por todas: no me hagas preguntas, porque sólo te contestaré cuando me preguntes si sé besar".

—Tienes buena memoria. Consérvala.

—A muchos les intriga tu manera de andar, siempre expectante, como si presintieses un ataque. Como si tuvieras en el cerebro una campana de alarma, que repicara constantemente.

—Contigo no funciona, dulzura.

Sonrió ella complacida. Su amor la cegaba y la menor palabra amable de Rock Gambler halagaba su vanidad.

—No funciona —añadió él— porque enmudece ante ti. ¿Sabes por qué? Porque eres adorable... adorablemente tonta.

—Quizá contigo sea así. "Ellas" dicen que tú eres malo y perverso. Es tu

rostro y tu sonrisa. Pero tú no eres malo, Rock. Eres un niño travieso... que se juega la vida provocando a todos. Pero no eres malo. Lo sé... me consta... ¡Lo sé!

—Pareces, deseosa de convencerte a ti misma. ¿No temes que te finja afecto porque posees la intensa seducción de muchos millares de dolares?

—Yo soy tonta, Rock, pero he conocido a muchos y sé discernir. Tú eres un hombre que hace tiempo debió ser maltratado por la sociedad y desengañado encubres un corazón noble con las trampas de tu sonrisa que inspira deseos de matarte. Pero eres bueno... y serías capaz de caballerosidades si nadie hubiera de enterarse. Te avergonzaría que supieran que eres bueno... y por eso gozas irritando hasta a los mismos a quienes aprecias. Lo negarás, pero es así.

Rock Gambler dio a su rostro una expresión de exagerada admiración.

—Eres un talento, Blondie. Los que eran considerados filósofos cuando la humanidad estaba en pañales, no te llegarían al borde de la falda. ¿Qué ha sido lo que te ha inspirado este concepto de mi sensible corazonazo?

—Un gato.

—Preséntamelo.

—Lo conociste en tu primer viaje. Le bautizaste "Áspero".

—¿Aquel rubio leonado, magro y siempre con recientes huellas de pelea?

—Arañaba y bufaba cuando alguien se le acercaba. Contigo se amansó, sólo contigo y alguna que otra vieja bondadosa. Los animales tienen instinto y sólo se dejan acariciar por seres buenos.

—Supersticiones de negra. Conocí un criminal que vivía plácidamente en compañía de gatos y perros. ¿Vamos a dejar de hablar de estupideces? Soy ya tu, inquilino, Blondie. ¿Me das ahora el beso de bienvenida?

—Te lo debo.

Cerró ella los ojos, creyendo que a ellos asomaría su alma y le ofreció los labios.

Él la besó en la mejilla.

—Te besaré en los labios, Blondie, el día en que lleve en mi bolsillo la licencia de matrimonio.

—Gracias —musitó ella.

Sentíase feliz, enormemente feliz. Él sonrió, con su peculiar sonrisa sarcástica y exasperante.

—Pueden pasar años y años antes que me decida, Blondie. Pero debes de considerarte sometida a ciertas prohibiciones. Por ejemplo, no dedicar sonrisas a un muchacho honesto como lo es Stuart Ranger.

—¿El piloto del "Bealby"? Si supiera que eso ha de molestarte, intentaría conseguir que se enamorase de mí.

—Me gusta, Blondie, cuando juegas a ser perversa. Pero deja, en paz a Ranger. Tendría que zurrarle y no quiero, porque es un chico muy distinto a ti y a mí. Si viene por aquí, que no le dejen entrar. Avisa a tu cancerbero.

Llamó ella a una muchacha y cuando el robusto portero quedó avisado de no permitir la entrada a Stuart Ranger, Rock Gambler acodóse sobre el

mostrador, acercando más su rostro al de Norah.

—Si llegase una carta a nombre de Michael Ryan, me la das a mí.

—¿Ryan? ¿No serán los Ryan de Beaufort?

—Supongamos que sean los Ryan de Beaufort; ¿qué pasa?

Una luz de suspicacia brilló en los negros ojos de Norah.

—Muchas cosas, he de tolerarte, Rock, pero no intentes enamorar, a Rosalie Ryan.

—Dime quién es Rosalie Ryan, deja que la vea y te diré si pienso o no pavonearme ante ella.

—Bien sabes que Rosalie Ryan es la hija de Helen, la mujer más Rica de Beaufort. Y creo haber oído decir que Ryan, el único varón de la familia, está siempre de viaje. ¿Para qué quieres las cartas que vengan, aquí a nombre de un Ryan?

—Es asunto mío. Mírame bien, Blondie. Yo también he de consentirte terquedades, pero hay dos cosas que nunca te perdonaría: Una, que te entrometas en mis asuntos.

—¿La otra?

—Que ningún hombre pueda decir que por un solo instante la hermosa y arisca Sally ha olvidado que es Blondie, la novia de Rock Gambler.

—Cuando quieres, sabes decir cosas bonitas, Rock, y... ¿qué ocurre ahora? ¿Con quién vas a pelear?

En la diestra de Gambler el dolar de oro saltaba lentamente, mientras en el espejo miraba con fijeza a un individuo que acababa de entrar.

Y se sentaba a una mesa donde ya había cinco hombres: dos negros y tres blancos, uno de éstos vestido con uniforme de oficial sudista.

—Me aseguraron una vez, que tú, Blondie, conocías al dedillo la vida de todos los personajes principales de Savannah de los pueblos situados en cien millas a la redonda. Demuéstramelo,

—Ya antes has tenido una prueba. Beaufort dista sesenta millas al norte y conozco a los Ryan.

—¿Conoces, al que está sentado y no se ha quitado la capa? Ese que tiene rostro de zorro pensativo. Junto a la mesa ocupada por Risette y Agnes.

—Es Frank Lloyd, el Coronel secretario del Ministerio de la Guerra. Tiene tierras en Virginia, una casa en Savannah y otra en Beaufort. Es el reverso de tu medalla, Rock. Es un granuja por dentro y un hombre muy honrado por fuera. Espero que no pienses pelear con él... Oye —y de pronto reapareció en sus ojos la suspicacia—. ¿No dijiste que no conocías a Rosalie Ryan?

—No la conozco. ¿Qué tiene qué ver con lo que estamos hablando?

—Dicen, que Lloyd está enamorado de Rosalie Ryan y quiere casarse con ella. ¿Es por esto que quieres pelear con Lloyd?

—Es curioso cómo a veces el destino teje sus redes envolviendo en sus mallas a personas que horas antes nada tenían de común entre sí y ni siquiera se conocían. Lo siento, Blondie, pero temo que tu mobiliario va a sufrir desperfectos...

Y Rock Gambler, indolentemente, insertos los dos pulgares en el cinto de plata y cercanas las manos a la pistola y el látigo, se dirigió a la mesa ocupada por Frank Lloyd y los cinco desconocidos.

CAPÍTULO V

LOS DEPOSITOS DE LA RIBERA

Del mostrador al lugar donde se hallaba sentado Lloyd, había unos veinte pasos. Diez de ellos había dado Gambler, cuando el militar se levantó y como obedeciendo a una consigna, los otros cinco echaron a andar tras él, abandonando el salón y saliendo a la calle.

Comprendió Gambler que no se trataba de una huida, sino que cabían dos posibilidades: una, que decidieran esperarle en la obscura avenida exterior y la otra, más verosímil, que se hubieran dado cita en el "Drinkers House" para dirigirse desde allí a los lugares donde aguardasen las chalupas destinadas a recoger el armamento contenido en el "Bealby".

El portero dedicó una amplia sonrisa y un profundo saludo al hombre que merecía la especial atención de Sally, la dueña del establecimiento.

En la calle reinaba la obscuridad, sólo truncada de trecho en trecho por los escasos faroles de gas.

Rock Gambler vio a lo lejos las siluetas de los cinco acompañantes de Frank Lloyd y a éste andando al frente de ellos. Se dirigían hacia el malecón.

Distanciado de ellos y procurando evitar el paso bajo los faroles, Rock Gambler llegó a uno de los desembarcaderos a tiempo para ver difuminarse en la noche cinco chalupas, que dirigían sus proas hacia el emplazamiento del "Bealby".

También pudo ver que el oficial que en el "Drinkers House" y por la calle acompañó a Lloyd, marchaba a pie, sin grandes prisas, por el descendente muelle oriental que estaba dotado de grandes y aislados caserones de madera destinados a almacenes, dónde los consignatarios conservaban en depósito los géneros desembarcados.

Le vio llegar hasta un vasto almacén erigido casi al borde de la orilla, y tantear en una puerta, por donde entró tras recoger una linterna que colgaba de la pared exterior.

Desde el centro del almacén hasta el mar, una pasarela de dos metros de anchura se sostenía sobre vigas empotradas verticalmente en el suelo, vigas cuya altura decrecía gradualmente al adentrarse en las quietas aguas, hasta desaparecer dejando casi al nivel del mar el final del camino de madera.

Cuando ya Rock Gambler había recorrido la mayor parte del muelle que le separaba del caserón donde había entrado el oficial, se detuvo para agacharse y permanecer oculto entre un hacinamiento de fardos de algodón.

El oficial sudista acababa de salir del almacén y avanzaba por el sendero de maderas alumbrándose con la linterna, que dejó colgada al extremo del recorrido.

Y antes de dejar de andar, dió la ilusión, por un instante, de que renovaba el milagro bíblico del paso sobre el mar.

Pero sus pies estaban firmemente asentados en las tablas y su silueta se recortó en el halo de luz que la linterna formó al inmovilizarse sobre las aguas.

Transcurrieron unos minutos y la quietud del oficial demostraba su intención de aguardar allí la llegada de las cinco chalupas que conducirían el material cuyo valor abonaría en aquellos instantes Frank Lloyd al Capitán Walter Ridgeon.

Tanteando en la obscuridad, las manos de Rock Gambler tocaron los contornos de la puerta del almacén y un pesado picaporte de metal, que levantó cautelosamente.

La puerta se abrió de un modo tan silencioso, que demostraba que sus goznes habían sido engrasados recientemente. El interior del vasto almacén estaba tan negro como boca de lobo. Al fondo había una débil luz.

Entró Gambler de costado, cerrando tras él la puerta. Se detuvo un instante, conteniendo la respiración y escuchando. No se oía nada.

Los ojos de Gambler fueron acostumbrándose a la obscuridad que reinaba en la primera mitad del almacén. La pared que había junto a la puerta era una sólida obra construida con pesados tablones untados de brea.

Fué avanzando hasta llegar a la estantería, de madera de la cual procedía la luz: una vela dentro de una linterna, de estaño.

El aspecto del lugar no podía despertar sospechas en un transeúnte curioso. En el suelo, a lo largo de las paredes, se amontonaban redes de pesca. En el fondo había cestos de mimbre semejantes a los que utilizan los pescadores, formando pilas que llegaban hasta el techo.

De trecho en trecho, se levantaban pirámides de latas de conserva. En su fuero interno, Gambler reconoció que el Coronel Lloyd era un hombre precavido, puesto que las redes y los cestos servirían útilmente para encubrir las cajas que contenían las municiones y los fusiles enviados de Inglaterra.

Tropezó una de sus manos con un objeto flácido que colgaba de un clavo: un largo macferlán negro, impermeable, cuya doble esclavina y sólidos ojales que abrochaban hasta el alto colete, le hacían ser una de las prendas preferidas por los capitanes de buque en noches de temporal.

Con una extraña sonrisa de diversión íntima, revistió Rock Gambler el largo abrigo impermeable, que estilizó en negro su silueta elevada; la doble esclavina prestaba aun más anchura a sus hombros.

Quitóse el sombrero, en cuyo forro hurgó hasta extraer un objeto, largo, y aplanado que había sido arrancado del fondo del sombrero negro de Michael Ryan; era una espeluznante máscara que sobre el rostro de Rock creaba ahora la imagen de un halcón cerniéndose sobre su presa.

El lugar destinado en los vulgares antifaces a la nariz, era en este rígido paño negro un perfil corvo terminado en aguda punta. Los dos arcos destinados a encubrir la parte alta del rostro, eran en aquel extraño antifaz dos

aletas que remontaban oblicuamente hacia los aladares, con dos estrechas perforaciones diagonales que correspondían a los ojos.

Gambler aplastó su sombrero y lo colocó bajo el macferlán, sujeto por su hebilla contra el pecho. Fué cerrando los botones y quedó por completo oculto su atavío.

Era ya una larga silueta negra y enmascarada la que quedó inmóvil entre dos pirámides metálicas cuando la puerta del almacén se abrió.

Durante dos horas, fue un continuo desfilarse de portadores que de dos en dos iban entrando en el vasto almacén con pesadas cajas, que otros iban estibando hasta que quedó formado un enorme bloque.

Los dos negros que en el "Drinkers House" aguardaban al Coronel Lloyd, actuaban de capataces, dirigiendo la labor de descarga y colocación de las cajas.

Había un hacinamiento que era manipulado con sumo cuidado. Cada una de las cajas que lo componían, llevaba un gran rótulo pintado con brea: DANGER. POWDER.

Tanto los portadores como los que apilaban tales cajas, demostraban que se atenían muy cuidadosamente al aviso del rótulo, que indicaba: Peligro, Pólvora.

El Coronel Lloyd presencié todas aquellas operaciones, sentado bajo el estante donde lucía la linterna de estaño. Otras muchas linternas sordas, protegidas por grueso cristal, iluminaban el almacén.

Fueron desapareciendo, a medida que los portadores y estibadores abandonaban el caserón. Tan sólo quedaron Lloyd, el oficial sudista y los dos capataces negros, así como los dos blancos que también aguardaban a Lloyd en el "Drinkers House".

Estos, que se habían mantenido aparte hasta que salieron los trabajadores, se aproximaron al grupo, deteniéndose frente al Coronel.

—¿De acuerdo, señores? —inquirió el militar, poniéndose en pie.

—Por completo —replicó uno de ellos.

Frank Lloyd abrió la cartera que llevaba en bandolera. Uno de los blancos fué tendiendo fajos de billetes, contándolos por paquetes que Lloyd iba introduciendo en su cartera.

—Dentro de cuatro horas vendrán los carromatos para llevarse este material —dijo el mismo que acababa de efectuar el pago.

—Es ya de su pertenencia, señores.

Marcháronse los dos blancos en compañía de los dos capataces. En el almacén, iluminados por la linterna del oficial, quedaron únicamente éste, Lloyd... y Rock Gambler.

La linterna de estaño que encerraba la vela, pareció adquirir, de pronto, vida propia y viajó rápidamente hasta quedar depositada encima de las cajas que

ostentaban el rótulo: DANGER POWDER.

Fué tan rápida la acción con que la silueta enmascarada y totalmente vestida de negro, transportó la linterna hasta el peligroso, hacinamiento de las cajas de pólvora, que los dos militares permanecieron inmóviles al oír que la voz del enmascarado anunciaba entre dientes:

—Un grito o un movimiento y viajaremos hacia las nubes.

Los pequeños cristales que rodeaban la vela estaban abiertos y la mano del enmascarado rodeaba la cera, en cuya extremo una llamita lengüeteaba rojiza y sepulcral en su cercanía a la negra silueta... a la abertura que la hercúlea zurda del enmascarado acababa de practicar en la caja de pólvora sobre la que se sentó, después de arrancar una tabla.

A cuatro pasos de distancia, Frank Lloyd y su acompañante, lanzaron sendas exclamaciones:

—¡"El Halcón"! —pronunció el oficial, dilatados los ojos.

—¡La pólvora! ¡Cuidado! —dijo más agudamente Lloyd.

La mano zurda del enmascarado amontonaba el polvo negruzco, formando un reguero siniestro, encima del madero que actuaba de cubierta y silla.

—Sois traficantes de muerte. No os debe, pues, asustar la visión de vuestra mercancía. ¿Qué es? Un polvillo, insignificante ahora... y que te ha valido muchos dolares, Coronel Lloyd. Pero cuando arde lleva luto a los hogares... Los fajos de dolares que hay en tu cartera, Coronel Lloyd, deben oler a cadaverina. Hueles a muerto, Coronel Lloyd. Tienes cara de comadreja asustada... Tu joven oficial es más valiente... Está intentando disimular el movimiento de su diestra hacia su cintura... Recomiéndale prudencia... Su disparo convertirá este caserón en un volcán.

—¡Quieto, Carter! —apremió, lívido, el Coronel.

—Eso es. Quieto, joven Carter —acotó Gambler.

Era impresionante su figura, agigantada por el largo y negro macferlán en cuya brillante tela rielaban los reflejos de la llamita.

La máscara tenía un diabólico dibujo de ave cerniéndose, y las dos rendijas estrechas y oblicuas parecían fascinar a Lloyd...

—Es la guerra, "Halcón" —murmuró el Coronel, tratando de afianzar su voz, aunque conservaba una inmovilidad absoluta, al igual que el oficial—. Soy defensor de los del Sur... Somos gente de armas.

—No, no... Quizá lo sea el joven Carter, y mis respetos para él. Pero tú eres un traidorzuelo, Coronel Lloyd. Sólo te interesa medrar, y venderás al Norte y al Sur. Nada hay más canallesco que los que, como tú y los agentes del extranjero, introducen armas y municiones para enriquecerse... Es dinero de Judas el que atesora tu cartera. Obra con tiento, Coronel Lloyd. Si aprecias nuestras tres vidas, límitate a quitarte la cartera y arrojarla a mis pies. Hazme caso... Alce más las manos, joven Carter... Más arriba. Lamentaría que, siendo tan sólo Teniente, no pudiera usted llegar a ascender... Parece deseoso de un ascenso entre columnas de humo, convertido en proyectil...

Inesperadamente, el Coronel Lloyd distendió su puño derecho y repitió el

gesto con la izquierda. Alcanzado en la sien y en la barbilla, Dan Carter, el joven Teniente imberbe, se desplomó como un saco.

—Medida muy prudente, Coronel Lloyd. Eres inteligente, y no has querido que la juvenil honradez se interponga en tu carrera de zorro ansioso de riquezas. Anda, quita de tu hombro el fardo del dinero de tu traición.

—No soy un traidor, "Halcón"...

—Lo eres, porque abusaste de la confianza de los yanquis, y abusas de los fanáticos sudistas haciéndoles creer que defiendes sus intereses. Defiendes tus plantaciones de Virginia, tu casa de Savannah y la de Beaufort, y a la vez buscas congraciarte con los yanquis. Eres un tramposo que juega a dos barajas, como un *tahur* con una moneda trucada. Morirás, Coronel Lloyd... si no te vas pronto del litoral.

Frank Lloyd tenía, fama de no ser cobarde. Pero se quitó la bandolera que pasaba bajo la charretera de su guerrera, y arrojó la cartera ante los pies de la figura enmascarada.

—Carga ahora sobre tu hombro al joven Carter... ¡corre, corre! ¡Vuela, pájaro

Lanzando un ahogado grito de terror, el Coronel Lloyd, que había aupado sobre su hombro el



Un grito o un movimiento y viajaremos hacia las nubes.

cuerpo inerte de Dan Carter, corrió precipitadamente hacia la puerta...

El olor de pólvora quemada inundó el recinto. La llama de la vela crepitaba extendiéndose velozmente por encima de la madera, corriendo hacia el interior con reflejos rojizos...

Frank Lloyd no volvió un solo instante el rostro, y demostró la fortaleza de sus piernas y músculos en su veloz carrera con un hombre desvanecido a cuestas.

El suelo pareció ondular bajo sus pies, y la onda explosiva que precedió en segundos al horrendo estampido le derribó al suelo, donde cayó con el que empezaba ya a recuperar los sentidos...

Por unos instantes todo el muelle quedó iluminado con una gigantesca pincelada roja, que se elevó en medio de un estruendo ensordecedor.

Densas columnas de negro humo hicieron, que la atmósfera, hasta entonces húmeda y fresca, se convirtiera en irrespirable.

Sofocados y tosiendo, cuando sus tímpanos dejaron de vibrar, el Coronel Lloyd y el vacilante Carter, oyeron los agudos silbatos de los carricoches del servicio de extinción de fuegos.

—Vámonos, Carter —dijo Lloyd, contraído el semblante.

—¿Quién informó a "El Halcón"?

—Tengo mis sospechas... Ya lo dilucidaré, Excúseme, Carter, pero tuve que pegarle para defender nuestras vidas.

Dan Carter, contemplando de vez en cuando el incendio contra el que entablaban lucha los servidores de las bombas de extinción, siguió en pos del Coronel Lloyd.

Cuando ya habían salido del paraje que se había convertido en horno abrasador, preguntó:

—¿Y "El Halcón"?

—Huyó... No le hago responsable de lo sucedido. Desde Norfolk hasta Nueva Orleans, todos saben qué "El Halcón" es un romántico deportista y un caballero —dijo diplomáticamente el astuto Coronel, que sabía que el joven Teniente, como muchos de sus semejantes, sentía una gran admiración por el misterioso enmascarado.

—Yo quise abalanzarme encima de él, porque se estaba jugando la vida, y también las nuestras.

—Ya le digo que no culpo a "El Halcón" de lo sucedido. Entregará el dinero a alguna familia arruinada, y obtendrá con ello más agradecimientos. Sólo había dos personas que supieran que esta noche iba a procederse a la descarga del armamento. Una era el Capitán, Ridgeon, y para mí está por encima de toda sospecha. El responsable que "El Halcón" acudiera al almacén ahora convertido en ruinas no es otro que Rock Gambler.

—¿Quién es Rock Gambler?

—Un aventurero sin escrúpulos que lleva plasmada en el rostro la expresión del descaro más absoluto. Todo lo que de caballeroso tiene "El Halcón", lo tiene de granuja Rock Gambler. No podemos consentir que esto se repita, Carter. Y para evitarlo hay que eliminar a Rock Gambler. Es el agente a sueldo de los fabricantes de municiones extranjeros, y si continúa en vida se repetirá en el futuro lo sucedido esta noche en el almacén de la ribera. ¿Es usted o no un patriota dispuesto a sacrificarlo todo por el triunfo de los

Estados Confederados del Sur?

—Usted bien sabe que daría mi vida con tal de aplastar a los yanquis, Coronel Lloyd.

—Rock Gambler es agente de los yanquis. No dudo que ha enviado un aviso a "El Halcón", vertiendo calumnias contra mí. Perdono a "El Halcón", porque, a su modo, es un benefactor de la humanidad. Pero usted debe ayudarme a aplastar a esta alimaña de Rock Gambler,

—¿Cómo, Coronel Lloyd?

—Por los informes adquiridos en Savannah, he llegado a la conclusión que Rock Gambler es un hombre infatuado por sus muchos éxitos entre las mujeres —y el fértil ingenio del Coronel iba planeando la jugada maestra: conseguir desembarazarse a la vez de "El Halcón" y de Rock Gambler, que ahora consideraba los dos únicos obstáculos en su triunfal carrera hacia la riqueza—. ¿Conoce la "Casa Maligna"?

—Sí —bisbiseó Dan Carter, con repentina tiesura en todos sus músculos.

—Consiga que Rita cite a Rock Gambler... Yo me encargo del resto.

—Pero... dicen que Rita Hayward es....

—No tenga recelo conmigo, Carter. Sé que Rita Hayward es la que brinda hospitalidad a "El Halcón" cuando éste viene a Savannah.

El hombre, que vestido de negro y descubierta la cabeza salió del almacén en sentido opuesto al tomado por el Coronel Lloyd, corría con una elasticidad sorprendente.

Avanzaba a saltos con portentosas, zancadas, llevando en la diestra una cartera de la que pendía la correa que servía de bandolera.

Cuando el negro cielo se iluminó, Rock Gambler estaba ya parapetado en un talud, distante tres metros de la orilla.

Mientras resonaba, con fragor la explosión, quitóse el macferlán y la arrojó al mar. Vació la cartera, que, sin los billetes de banco, siguió el mismo camino.

Quitóse la máscara, que introdujo bajo el forro de su sombrero... El hombre que entró en el "Drinkers House" parecía más atlético que nunca, hinchado el pecho por los fajos de billetes colocados entre su camisa y la piel.

Ostentaba en el rostro una mueca de alegre desprecio, mientras se dirigía al mostrador y oía los apasionados comentarios de los concurrentes, que se agitaban ávidos de opinar sobre la reciente explosión del almacén de la ribera.

CAPÍTULO VI

LA CASA MALIGNA

—¿Qué ha sucedido, Rock?... —preguntó Norah Blondel, saliendo al

encuentro del recién llegado.

La enlazó él por el talle arqueó las cejas.

—Eso pregunto yo, Blondel. ¿Qué ha sucedido?

—Esta explosión... Ha sido enorme... Algunos cristales han saltado... Dicen si habrá sido un acorazado yanqui, esos barcos de madera protegidos con corazas de hierro...

—No hay guerra, y hasta ahora sólo Francia e Inglaterra poseen cada una de ellas un barco de esta clase.

—¡Es uno de los almacenes de la ribera! —gritó un excitado paisano, entrando apresuradamente—. Están intentando evitar que el fuego se propague a los demás caserones... ¡Ciudadanos de Savannah! Acudamos todos a contribuir con nuestro esfuerzo... ¡Vamos!

En un instante, todos los hombres que estaban en el local lo abandonaron en tropel.

Rock Gambler contempló el círculo de muchachas que le rodeaba.

—Tiene sus ventajas el ser imparcial y no tener nada que ver con Savannah y sus incendios. Pero yo sé a quién deberían detener y colgar como responsable del incendio de hoy en Savannah.

Excitadamente y lanzando gritos de sorpresa, todas las oyentes se apiñaron, apremiando con demandas de que les fuese revelado el secreto.

Norah Blondel, reclinada la rubia cabeza en el hombro de Rock Gambler, parecía una gata dispuesta a arañar a las más cercanas...

—Aquí tenemos a la culpable —y señaló Gambler a la que enlazaba por la cintura—. Creí, tener por corazón un pedernal, y ella lo ha inflamado con la chispa de sus ojos.

—Dejad espacio —dijo Norah, sonriendo— para que el fuego no se prenda en vuestras ropas.

Unas y otras fueron separándose, dirigiéndose hacia la puerta, para, desde allí, tratar de ir informándose de lo sucedido.

—Durante tu ausencia vino el Capitán Ridgeon a preguntar por ti, Rock. Aguardó una hora, y se marchó diciendo que no podía esperar más. Y en la calle te aguardaba el piloto Ranger. Me dijo el capitán Ridgeon que el asunto pendiente entre tú y Ranger quedaba pospuesto hasta el próximo viaje del "Bealby", porque ya había descargado, y, por tanto, zarpaba inmediatamente.

—Quedo enterado. Buen viaje. Anoche dormí poco, Blondie, y ahora tengo sueño —Rock Gambler bostezó ampliamente—. Que uno de tus negros lleve una cena ligera a mi habitación.

—Sam te conducirá a tu habitación.

—Prohibido despertarme hasta que no quede harto de sueño.

—¿No te interesa saber lo que ha sucedido en el muelle?

—Me lo contarás mañana. En este mundo, Blondie, sólo hay dos cosas interesantes: tú y yo. Hasta mañana.

Quedóse ella contemplando orgullosa al hombre que subía las escaleras precedido por el negro Sam.

No ignoraba que aquel noviazgo sería, con toda seguridad, largo, accidentado y tormentoso... Pero por el instante lo que importaba era que Rock Gambler no había vacilado en declarar públicamente que estaba enamorado de ella.

Y las notas de envidia en las voces de las que poco después la felicitaban fueron muy del agrado de Norah Blondel...

Frank Lloyd escribió dos cartas. Una con su letra habitual, que entregó al Teniente Carter para que la llevase a Rita Hayward, y otra, en la que desfiguró su letra, dirigida al jefe de los rurales de Savanah.

En la primera se declaraba otro más de los admiradores de "El Halcón", y se congratulaba de haber averiguado que un aventurero extranjero, llamado Rock Gambler, se jactó de conocer la verdadera identidad de aquél. Y se consideraba, por lo tanto, obligado a advertirla a ella, del peligro que podía correr "El Halcón" si Rock Gambler le delataba o, lo que era más posible, tratara de matarle para cobrar la recompensa ofrecida.

En la otra carta, anónima, Frank Lloyd notificaba al jefe de los rurales que si al día siguiente seguían discretamente los pasos que diera el llamado Rock Gambler, que se alojaba en el "Drinkers House", darían sin la menor duda, con el paradero de "El Halcón".

Al mediodía siguiente, el negro Sam, al comprobar que Rock Gambler se hallaba en el cuarto de baño comunicante con su alcoba, fué a advertirle que "la señora Sally aguardaba en el salón-comedor al señor Gambler".

Era un pequeño comedor suntuoso, donde de costumbre Norah Blondel comía solitaria, atendida por dos criadas negras adolescentes.

—Espléndido día, Blondie —declaró Gambler, sentándose ante ella al otro lado de la mesa, delicadamente servida.

—¡Hola, Rock! Yo ya he comido. Mientras tú lo haces, iré explicándote lo que sucedió anoche.

—Ilústrame, gacetilla de Savanah.

—Primero se hablaba de muchas cosas dispares. Pero ya está todo puesto en claro. Según parece, el Coronel Lloyd había logrado comprar armas y pólvora del extranjero, y las tenía almacenadas en el depósito de la ribera que pertenece a Dave Taft. Las destinaba al ejército del Sur, y algún maldito yanqui debió descubrir el secreto e hizo volar el depósito.

—Es bien enojoso que un sujeto tranquilo y ajeno por completo a los del Sur y del Norte como yo, corra el peligro de saltar en pedazos a causa de alguna de esas inesperadas explosiones.

—Vigila tus palabras, Rock.

—¿Eh? ¿Qué he dicho que no pueda decir?

—Ofendes a los del Sur, y son muy sensibles. Les llamas "tiburones negros".

—Lo son. También, llamo "tenderos judíos" a los del Norte.

—Sé cuidadoso, Rock. Al fin y al cabo, te creen inglés, y eres forastero. Recuerda que de dos enemigos peligrosos que tenías en Savannah te queda aún uno.

—¿Cuál es el uno y cuál es el otro?

—Dave Taft.

—Le duele la mandíbula.

—Pero tiene mucho dinero y muchos trabajadores fieles en sus astilleros.

—¿El otro enemigo ha muerto?

—Me refiero al Coronel Lloyd. Partió esta mañana hacia Beaufort.

—¿Cómo lo sabes?

—La mulata a la que tú llamas tanagra era amiga de Lloyd. Aquí, Rock, nos enteramos de muchas cosas que en Savannah se ignoran. Los hombres, cuando beben, hablan demasiado. Lloyd vino hacia la medianoche. Discutió con la tanagra cuando ésta le acusó de ser un pérfido embustero que en Beaufort blasonaba de hombre íntegro y sin tacha para engañar a Rosalie Ryan... y tratar de casarse con ella. Es extraño, Rock, pero a veces pienso que me gustaría ser "El Halcón".

—¿Para qué? ¿Para que un rural te acribillara?

—Debe ser hermoso hacer justicia desafiando peligros.

—Tienes la cabeza a pájaros... —y rió de pronto Gambler, con una luz sardónica en los ojos—. ¿Pájaros? Ese es el término exacto: un pájaro exterminando a otros pájaros... Tu "Halcón" no es más que un pajarraco de alivio, que se encubre bajo una máscara de caballerosidad...

—*Master* Rock no debería hablar así —dijo inesperadamente una de las criadas que servía. Temblaba y se la veía asustada de su propio valor al intervenir en la conversación—. "El Halcón" tiene muchos oídos. Todo lo puede y...

—Abrochate los labios, chocolatín —atajó Gambler, despectivamente—. Te doy permiso para bailar un "cake-walk" sobre mi tumba si es que a ella me ha de conducir tu "Halcón".

—No deberías hablar así, Rock —dijo Norah— y Azucena tiene razón. "El Halcón" puede... enterarse de que hablas mal de él calificándolo de pájaro.

—¿Un halcón no es un pájaro?... ¡Oh, bien, bien! Cambiemos de tema. Por mí, que no quede. Vuestro "Halcón" es un romántico deportista imbécil. Hablando de otra cosa, Blondie: ahora que pasaré una temporada aquí en Savannah, quisiera comprar un caballo para pasear por los contornos.

—¿Hasta Beaufort y visitar a Rosalie Ryan? —preguntó ella, con leve enojo.

—No conozco Beaufort y quizá lo visite. Dale este dinero a Sam y que adquiera el potro negro que Rudless tiene en venta.

—Es el mejor caballo de Savannah. Lo ha puesto en venta porque ha tenido un revés en sus negocios. Pide mucho...

—He hecho un buen negocio y no reparo en precios.

—Rudless pide doscientos dolares, Rock. Me das quinientos.

—El potro negro, una semana de alojamiento completo, y lo que sobre para repartir, entre Sam, Azucena y esta otra, que seguramente se llamará Lirio. Olvida lo que dije de tu idolillo, Azucena. Tu "Halcón" es simpatiquísimo, tú eres simpatiquísima, todos lo sois. No sé por qué, pero siento debilidad por todos los imbéciles.

Cuando a solas con Gambler en el saloncito contiguo Norah Blondel bebía el aromático café, creyó oportuno puntualizar:

—Tienes que saber que "El Halcón" es para todos los del Sur la imagen del caballero justiciero, Rock. Sólo le odian los propietarios que maltratan a sus esclavos, y por esto todos los negros adoran y besan el suelo por donde ha pasado "El Halcón". Ofende a quien quieras, Rock, pero te lo suplico: no cites nunca despectivamente el nombre de "El Halcón". Es inexorable y...

—Está bien. Tengo ya empacho de "Halcón", Blondie. Voy a darme un paseo para familiarizarme con el potro negro. ¿Qué nombre, podría darle?

—Le llamaban "Candy".

—También te llamaban a ti Sally.

—Hay instantes en que te... te arañaría. Tu grosería no tiene parangón... ¿Por qué no intentas ser siempre como eres, en el fondo?

—¿Te parece bien "Tío Tom"?

—¡Por favor! No lo llares así. Todos los negros te odiarían si te burlases de la hermosa novela que los defiende... Es malsano este vicio que tienes de intentar provocar la cólera de todos.

—Le llamaré con un nombre truculento, y quiero que se acostumbre a mi voz.

—"Brujo". "Lucifer"... —sugirió ella, mirándole fijamente.

—"Barrabás"... "Caín"... —replicó él, levantándose—. Le daré a elegir, y cuando menee la cabeza afirmando, quedará bautizado. Hasta luego, Blondie.

Era un hermoso bruto de negro y lustroso pelaje el potro que Sam sostenía, por la brida. Piafaba nervioso, y partió como una exhalación apenas sintió en sus ijares la presión de los tacones.

Caía la tarde cuando Rock Gambler se apeaba ante el "Drinkers House" y entregaba las riendas del sudoroso animal a Sam, que llevó el caballo al establo anexo al establecimiento, donde permanecían los de todos los visitantes y los landos y victorias.

—Aceptó llamarse "Brujo" —declaró Gambler, mientras bebía la copa de champán tendida por Norah—. Es un magnífico compañero... Me entiende ya. Haremos buenas migas. Hemos sostenido un largo diálogo. Al principio no estaba muy de acuerdo conmigo, pero al final me dió una cabezada en el pecho. La cabezada que equivale a la pipa de paz... ¿Por qué me miras así, Blondie? No he besado a nadie al entrar.

—Han traído una carta para ti. Está en tu habitación. Escrita por mano de mujer.

—¿Qué dice?

—No la he abierto.

—Has hecho bien. Yo tampoco pienso abrir las tuyas, porque no tienes culpa de ser tan hermosa, ni tampoco yo soy responsable de ser tan fascinador. ¿Será una Azucena avisándome de mil torturas por no encender barritas de incienso al oír hablar de "El Halcón"? Sea como sea, siempre me encanta recibir cartas femeninas. Voy a leerla.

En su habitación examinó Gambler el sobre alargado en el que con letra picuda que recordaba las patas de araña aparecía su nombre.

Rasgó una esquina. No había más que un rectángulo de papel recio y crujiente, escrito con la misma letra:

"Rita saluda a Rock Gambler y le invita a visitarla esta noche a las nueve, para proponerle algo que será de su interés. Los supersticiosos llaman a la casa de Rita la "Casa Maligna"."

No decía más.

—¿Rita? ¿La "Casa Maligna"? —repitió Norah Blondel al ser preguntada por Gambler—. No vayas, Rock.

—Atiende, porcelana. Si te honro con mi confianza, es para que no abuses del privilegio con que te distingo... Podría dejar de quererte si te comportases como una vulgar damisela celosa.

—No son celos, Rock. Siempre los tendré, mientras no estés a mi lado. No lo podré evitar, pero sé que perdería si te los manifestase. Desgraciadamente, el amor es el triunfo del que quiere menos sobre el que quiere más. No es por celos por lo que te suplico que no vayas a visitar la "Casa Maligna". Ha ocurrido lo que me temía...

—Deja que sean los negros los que hablen con rodeos y enigmas. Tú eres blanquísima, porcelana. Primer punto a aclarar: ¿quién es Rita? Emplea su nombre como si fuera la reina de Inglaterra.

—Es Rita Hayward.

—Encantado de haberla conocido, muy señora mía. Sigo sin comprender. Segundo punto: ¿dónde está y por qué denominan "maligna" la casa donde vive mi anfitriona?

—En el tercer sendero a la izquierda de la carretera de Beaufort. Es solitaria, y antes de adquirirla Rita se ahorcó en ella su propietario.

—Tercer punto: ¿por qué has dicho que esta invitación te la temías?

—Dicen... que cuando "El Halcón" viene a Savannah, se esconde en la "Casa Maligna".

—¿A sabiendas de Rita?

—Aseguran que Rita es su novia. No vayas, Rock...

—No iré. Si Rita quiere conocerme, aquí estoy. Además, a las nueve de la

noche tengo una cita de negocios en un punto muy alejado del tercer sendero de la carretera de Beaufort.

Eran las nueve menos cuarto cuando el recién bautizado "Brujo" cesaba de galopar, para entrar, al paso, en el tercer sendero de la carretera de Beaufort.

El sendero ascendía hacia una pequeña colina en cuya cumbre veíase una lucecita rectangular, levemente oscilante al influjo de la brisa.

Cuando desmontó, atando las bridas a un tronco, la casa solitaria destacábase sombría contra el cielo estrellado.

Las oscuras ramas de los árboles ondeaban, como brazos amenazadores que le avisaban de que retrocediese. El viento susurraba una música sibilante por entre las hojas...

Gradualmente, mientras con todos los sentidos alerta avanzaba, fué oyendo otra música, tenue al principio, pero lenta y mayestática, que iba imponiéndose al murmullo del viento.

Era el eco de unas notas de piano, tocando una melodía que en la soledad de la colina resonaba con ecos fantasmales...

Al acercarse al pórtico, percibió otro sonido que era discordante con la melodía. Un gruñido hondo, amenazador... Bruscamente, la música cesó.

Rock Gambler golpeó la puerta... El gruñido aumentó en intensidad, y también cesó repentinamente.

Con los pulgares insertos en su cinto, Rock Gambler miraba de soslayo a su alrededor. Oyó el rumor de unos pasos, después el tintineo de una cadena y el quejido de una barra de hierro desplazándose.

La puerta se abrió rechinando, y apareció la figura de un viejo con rostro de amarillento marfil, rayado por múltiples arrugas.

Tenía un aspecto siniestro, con su aguda barbilla, los gruesos labios y las hondas cuencas de los ojos duros y brillantes.

El viejo permaneció en silencio, mirando fijamente con ojos que parecían desprovistos de la facultad de parpadear.

Al cabo de un largo silencio, habló con voz aguda:

—¿Qué quiere?

—Perderte de vista lo antes posible, espantapájaros. Eres capaz de darle un susto al miedo.

Apartó Gambler al acerado viejo y entró en un gran salón, amueblado en tonos oscuros.

El viejo dejó oír tras él agudas protestas: ininteligibles, mientras volvía a cerrar la puerta.

Rock Gambler miró a su alrededor, y comprobó que el salón estaba confortablemente provisto de elegantes muebles.

Un gran piano de cola de negro ébano aparecía entre el espacio de dos grandes ventanas.

Ante el teclado abierto sentábase una muchacha, cuya mirada nada tenía de amistosa.

Inclinóse levemente Gambler, sin quitarse el sombrero. Ella continuó inmóvil, mirándole con ojos hostiles, oscuros. Sus labios eran de un rojo intenso, y sus cabellos alisados sobre la cabeza la modelaban perfectamente, descendiendo después en dos largas trenzas negrísimas que reflejaban la luz con destellos azules.

Era hermosa, pero se le antojó a Gambler que poseía la sinuosa y repelente belleza de una serpiente. Sus manos largas, ágiles, tenían livideces macabras que contrastaban con las teclas amarillas, mientras le miraba por encima del hombro.

—¡No le quería dejar entrar! ¡Pero me apartó! —cloqueó el viejo a espaldas de Gambler, qué, al parecer indolente y despreocupado, vigilaba el menor ruido.

Ella habló. Una voz de honda tonalidad, rica en matices, como si tuviera un terciopelo musical en la garganta.

—Es él, Abijam. Puedes irte. Es el hombre que aguardaba.

El nombre con que ella designaba al viejo interesó a Gambler. Le recordaba algo, y pensó dónde había oído antes ese nombre. Y repentinamente recordó un predicador callejero leyendo en una calle londinense un párrafo de la Biblia, del libro de los Reyes, acerca de uno, Abijam...

"Y él siguió el camino de pecado de su padre. Y su corazón no estaba agradecido al Señor..."

—Este Abijam debe ser el mismo de la Biblia, a juzgar por su aspecto momificado —comentó Gambler, mientras el viejo desaparecía por una puerta, al fondo del salón.

Ella continuaba mirándole, en silencio. Gambler le devolvió la mirada, mientras tomaba asiento, con la espalda contra la pared, en un sillón cuyo emplazamiento le permitía vigilar las dos ventanas y las dos puertas.

El perfil de la pianista era hermoso...

—Cuando quiera empezar a hablar, avíseme. Recibí su amabilísima invitación, y aquí estoy.

Gradualmente, mientras hablaba, un sexto sentido le advirtió que unos ojos le estaban mirando. Ojos también hostiles y llenos de sospecha.

Mirando a su alrededor, logró divisarlos. Grises, fieros y estriados de sangre le contemplaban desde debajo de un gran sillón...

Pertenecían a un alto y macizo dogo acurrucado.

Inclinándose levemente, Gambler hizo restallar su pulgar contra el dedo medio de su zurda, mientras el dolar de oro subía y bajaba en su diestra.

—Hola, amigo —dijo, en dirección al dogo.

Un gruñido sordo, profundo, le replicó, y el dogo distendióse lentamente, saliendo de debajo del sillón.

Gambler ofreció la diestra palma arriba... El dogo gruñó con más intensidad, arrugando el labio superior encima de sus agudos colmillos.

La muchacha rompió el silencio.

—No le toque. Nadie puede tocarle. Le convertiría la mano en un pingajo.

—¿Lo lamentaría usted? Creo que no..., a juzgar por sus ojos.

Siguió Gambler con la mano tendida hacia el dogo, que iba acercándose amenazador. Gambler hablaba incoherentemente, con extrañas palabras rudamente cariñosas, en voz baja, acariciante, fijos los ojos en los grises y fieros del dogo.

Volvió el perro a gruñir por tercera vez, pero ahora había una tonalidad en su gruñido semejante a la incertidumbre... La fiera de sus ojos pareció perder brillo, y sus tensos músculos se relajaron.

La diestra de Gambler se colocó bajo la maciza mandíbula inferior del dogo y sus dedos rascaron el poderoso cuello, pasando



No le toque. Nadie puede tocarle.

después al espacio entre las dos orejas. El perrazo permaneció inmóvil, pero temblores visibles recorrían su piel...

De pronto, al retirar Gambler la mano y volver a ofrecerla tendida palma arriba, el dogo la olfateó, emitió como una especie de ronquido y depositó en ella su pesado hocico.

Reclinóse Gambler hacia atrás, y había un pueril orgullo en su rostro, cuando, al dejar de acariciar al perro, éste sentóse sobre sus cuartos traseros y

dejó la cabeza junto al sillón, erguida y expectante.

Señaló Gambler su rodilla...

—¿Amigos?

La enorme cabeza del dogo se posó encima de su rodilla...

—¡Si no lo hubiese visto, no lo hubiera. creído! —y por vez primera la voz femenina demostró cierta excitación,

—Los perros saben que soy amigo de ellos, y que los prefiero a "Halcones" y Ritas.

—Tengo ya informes de quién es usted, Rock Gambler. Nada, pues, de lo que pueda decirme me extrañará.

—Savanah es una ciudad llena de comadreo. Es usted hermosa, Rita...

¿Muda la piel en verano?

—¿Le parezco una víbora?

—Hasta que no me muerda, no puedo cometer la grosería de catalogarla en ninguna especie de ofidios.

—¿Tiene idea de la razón por la que le he citado a las nueve?

—He venido para que me ilustre.

—¿Sabe quién soy?

Rita Hayward. Dueña de la casa donde se ahorcó un hombre aburrido. Vive sola con este Abijam. Toca muy bien el piano. Lo más bonito y atractivo de la casa, aparte de los muebles, es este perro. Hágame otra pregunta. Tengo espíritu de colegial sumiso y empollón.

—¿Cuánto dinero quiere para irse de Savanah y de Norteamérica?

—¿Cuánto me daría por el placer de perderla de vista?

—Cinco veces lo que le pagarían por delatar a "El Halcón".

—¿Quién es "El Halcón"?

—Sobradamente está usted enterado.

—Las jocosas comadres de Savanah se susurran de oreja a oreja que como todo marino tiene un amor en cada puerto, "El Halcón" tiene románticas cabañas en cada ciudad. El susurro afirma que Rita es la predilecta compañía del pájaro enmascarado cuando éste ronda por los contornos de Savanah. Suponen que "El Halcón" compró esta cabaña para que Rita viviera aislada como una perla en su ostra. Eso es cuanto sé de "El Halcón".

—Usted se la jactado de que lo delataría y que conocía su verdadera personalidad.

—¿Cuándo, dónde y ante quién?

—La persona que me ha comunicado las intenciones que usted tiene de delatar a "El Halcón" me merece toda garantía. Anoche, "El Halcón" acudió a un lugar donde sólo podía haber ido por revelación de usted. Por lo tanto, lo que usted hizo por enemistad contra una de esas dos personas, demuestra también a la vez que usted sabía dónde estaba y cómo avisar a "El Halcón".

Gambler meditó rápidamente. En el almacén de la ribera sólo había dos personas cuando apareció "El Halcón": el Coronel Lloyd y el Teniente Carter. Sólo uno de esos dos podía haber falseado los hechos y presentarle a Rita

como delator del personaje que en realidad estaba enterrado en la ribera del río.

—Atienda a la voz de la sensatez. Sí yo realmente supiera quién se encubre bajo la máscara, no me hubiese jactado de saberlo. Hubiese ido a visitar al jefe de los rurales y estaría ya en posesión de los diez mil dólares. Le cuento todo esto porque me enternece su imagen de anhelante enamorada que intenta calmar su ansiedad junto a las teclas de un piano sonoro y quejumbroso.

—Es posible que usted ignore quién sea realmente "El Halcón", porque yo misma lo ignoro.

—¿Pretende hacerme creer que, cuando él la visita, escucha sus serenatas con la máscara, puesta?

—Conozco su aspecto físico. Pero nunca quiso decirme quién era ni de dónde procede... Por sus modales y su distinción, no es un aventurero vulgar. Pero nunca he logrado, ni en sus mayores instantes de abandono, saber su nombre.

—Un muchacho cuya discreción alabo.

—Me irrita verle hacer saltar continuamente esa moneda: le da aspecto de *tahur* fullero.

—Eso es lo que pretendo. Parecer tramposo sin serlo. Es un ejercicio que me facilita la clarividencia cerebral.

—¿El manejo de sus dedos tiene algo que ver con su cerebro?

—Mucho. Ambos instrumentos defensivos están estrechamente relacionados. Suelo efectuar este ejercicio cuando instintivamente olfateo algún peligro.

—No se deje influir por el decorado. En esta casa aislada, no hay más que un perro que es ahora su amigo, y un viejo esquelético, sin fuerzas.

—El peligro está en usted. Me ha citado a las nueve porque ha averiguado que "El Halcón" anda por las cercanías. Y seguramente tiene por costumbre visitarla a partir de las nueve, ¿verdad? Cuando llamé a la puerta, pudo por un instante suponerse que yo era "El Halcón". Gracioso, ¿no?

—Tenemos muy distintos conceptos de lo que es gracioso. ¿Cincuenta mil dólares por su promesa de callarse lo que sabe?

—Usted no tiene cincuenta mil dólares, y sabe que yo no cumpliría una promesa, suponiendo que algo supiera. Me está entreteniéndome conversando para que el tiempo pasé. Le extraña la tardanza de "El Halcón".

—Mi opinión es que realmente usted no sabe quién es "El Halcón". Dicen que es temerario y provocativo, y que gusta de jugarse la vida...

—¿Cuál de los dos pájaros? ¿Él o yo?...

—Usted... Supongo que al jactarse de delatar a "El Halcón" daba por descontado que éste se enteraría. Se ofreció usted voluntariamente como cebo, y ha venido hasta aquí porque seguramente hay rurales acechando la llegada de "El Halcón".

—Admiro su imaginación, pero empléela en el piano. Daría algo por saber quién es la persona de garantía que afirma que yo pienso delatar a su

queridísimo y romántico enmascarado.

La mirada de Rita Hayward se posó unos instantes en un *secreter* instalado en un rincón de la sala.

La moneda cesó de saltar en la diestra de Gambler y desapareció en su muñequera.

—¿Por qué me mira de forma tan especial? —inquirió ella, altiva.

—Estoy tratando de catalogarla. Me guío mucho por el instinto. A veces, yo, que en muy pocas ocasiones me quito el sombrero...

—Muestra de su escasa cortesía ante las señoras.

—Por caminos distintos llegamos al mismo final. Considero que el sombrero se hizo para llevarlo en la cabeza, y colocado en la mano nos deja descubierto cuando me he hallado ante una señora.

Gambler hizo una pausa, para añadir, con voz amablemente suave:

—Por eso desde que he entrado conservo el sombrero puesto.

Ella tecleó con rapidez una escala, que terminó en un arpegio agudo...

—Estoy haciendo una deducción... Supongamos que su pájaro romántico es un joven caballeroso, uno de esos tipos que confunden la galante cortesía con la ceguera de acatamiento a toda mujer. Debió enamorarse de usted y usted juega a su lado el papel de pérfida sirena. Usted no le ama... ¿Con qué finalidad afecta usted ser la solitaria paloma del brioso bandolero caballeresco? No logro aún concretarlo... Pero instintivamente tengo el vello erizado y gruño. ¿No me oye? Es instintivo. Tengo un olfato de perro. Usted huele a liana de abrazo inolvidable..., pero es falsa y peligrosa. ¿Por qué es falsa y dónde está el peligro? Por ahora lo ignoro.

—También "Tirol" gruñó cuando usted entró.

—Pero después de olfatearme y oírme, se aplacó. En cambio, yo, cuanto más la oigo y más aspiro el mismo aire que usted respira, tanto más se me eriza el vello. Hay maldad en usted, como si, habiendo embrujado a "El Halcón", se sirviera de él con una finalidad que ignoro y que por ahora se me escapa.

Rita Hayward sonrió por vez primera.

—Cree el ladrón que todos son de su misma condición, *Mr.* Gambler. No me ofenden sus palabras. Sólo me enojan las frases molestas que procedan de un caballero, y usted nada tiene de tal.

—Lo cual me complace, porque, basándome en ello, puedo siempre decir la verdad sin pararme en mientes de dónde está el límite que roza o rebasa la cortesía.

—Usted ha frecuentado él trato de mujeres qué le han acostumbrado erróneamente. La mujer normal odia al hombre que cree que, aparentando desprecio o indiferencia, consigue interesarlas.

—Cuando se aparenta, sí; pero es que en mí es real la indiferencia. Me gustan los cuadros y los contemplo, pero nunca compraría uno que representara la perversa atracción de una flor corrompida. ¿Conoce esas flores de pantano qué exhalan denso perfume embriagador?

—Se miran en el pantano y sólo las turbias aguas cenagosas saben reflejarlas. Para los demás, la tal flor es hermosa... Para usted, que es un inmundo pantano cenagoso... Para usted, que es como un diente de blanco esmalte, podrido por dentro... Para usted, que tiene reflejada en la cara una enorme acumulación de todos los vicios y malas pasiones..., ¡sí soy peligrosa!

—Tiene ahora el aspecto de una cachorrilla de tigresa lamiendo un plato de crema, y que a medio festín se da cuenta de que la puerta de la jaula del canario está abierta. ¿Por dónde vendrá el zarpazo?

—Esa delicada sensibilidad perceptiva del peligro es chocante en un hombre como usted, dotado de la fuerza de un búfalo —y la voz, rica en matices, adquirió una entonación ajustadamente melosa, al añadir—: Las mujeres de Savannah le consideran irresistible. En realidad, tiene usted un extraño poder de fascinación...

—Tengo los cabellos largos, pero su tijera se mellaría en ellos, Dalila... ¿Por qué no toca usted alguna tonadilla sensiblera? Nos ahorraremos así el decir tonterías y daremos tiempo a que venga el que usted espera.

—¿Qué prefiere? ¿Un ritmo de vals o... —y arpeggio ella unos compases— o una enervante balada del Mississippi?

—Intente improvisar algo que tenga semejanza con la canción de la mujer que espera anhelante una muerte...

—¿Quién tiene que morir?

—Sus ojos me miran como a un presunto cadáver, y usted juega a ser la fascinante fiera que afelpa sus garras tecleando.

—Soy la mujer que ama, y que no vacila en morir si es preciso, pero matando al que se interpone en su amor.

—¡Qué delicadeza de expresión!... Me conmueve...

—Va armado como un negrero. látigo y pistola de doble cañón. Dicen que usted es diestro con ambas manos...

—Sí. Desde niño me ejercité con ambas. Un ambidextro a su servicio.

—Pese a toda su seguridad..., usted no saldrá vivo de aquí. Dispare, contra mí, si quiere. No hará más que anticipar la muerte segura que pende sobre su cabeza. Se ha sentado resguardando las espaldas y en posición de acecho. Pese a todo... usted morirá.

—No me asuste. Toque el piano, que ésta es la misión de la encantadora figura femenina que se sienta ante un teclado. ¿Usted es la mujer que pretende defender a "El Halcón" por amor? Lo niego rotundamente, guiado por...

—...su olfato de perro rastreador que nunca le engaña.

—Exacto. Póngale música a la canción que le dedico —y con voz bien entonada, pero sin forzarla, casi con timbre de normal conversación, Rock Gambler cantó:

"Hermoso es su amor, pero no tan hermoso cual falso;
mansa es la paloma, mas no es sincera ni fiel;
brillante como el cristal, como el mismo cristal frágil;

más suave que la cera, tan áspera como la víbora;
cual pálido lirio, de matiz adamascado;
es algo hermoso, pero falso, diabólico, envenenado..."

Dejó de canturrear, para añadir:

—No me diga que la letrilla es estúpida, porque la compuso un tal Shakespeare, que escribía en papeles las experiencias de su conocimiento de las almas,

—Usted es un amargado que ha sufrido algún desengaño amoroso, y por eso tiene ese concepto deplorable de la mujer.

—Por haberme ellas tratado demasiado bien, las adoro y a la vez las coloco en el sitio que merecen. Ni trono ni altar... Simplemente, son bestezuelas sensuales como usted, o frías damitas sensibleras. Y ahora, teniendo en cuenta que ni esta noche ni mañana... vendrá "El Halcón"... voy a intentar darme cuenta de dónde partirá el rayo mortal que termine con mi preciosa existencia. Pero antes de marcharme creo que va a interesarme saber qué hay en aquel mueble —y señaló con el mentón el *secreter*—. Hay un enemigo menos en mi camino: éste.

Y acarició la enorme cabeza del dogo, a la vez que se levantaba.

—Usted, primero —invitó—. Abra el *secreter*. No me gusta tener un piano a retaguardia,, si tras el teclado hay un cuchillo.

Rita Hayward púsose en pie... Sus manos no eran visibles, ocultas por la caja del negro piano.

Fué un silbido repentino que, cruzando la sala fué a detenerse, vibrando como un moscardón irritado, en el dintel de la puerta, junto al hombro de Rock Gambler.

Casi con simultaneidad al movimiento con que ella había propulsado el cuchillo, apareció en la diestra de Gambler el largo látigo, que restalló con un culebreo de desenroscamiento alrededor del mango empuñado...

—Unos centímetros más y hubiese usted ganado... —comenta Gambler—. Cruce sus bellas manos de pianista a la altura de los hombros... Créame que me sería violento emplear el látigo, si intentara echar mano del otro cuchillo que se oculta bajo la partitura... Avance.

El dogo no gruñía, pero sus ojillos no amenazaban a Rock Gambler, sino a la propietaria de la "Casa Maligna"...

Rita Hayward anduvo unos pasos, juntas las manos ante el regazo. Su mirada destilaba un profundo rencor.

El látigo dibujó en el aire un amplio círculo, volviendo a enrollarse alrededor del corto mango manejado en hábil giro.

Bostezó Gambler delicadamente, dándose golpecitos con los nudillos en los dientes.

—Gracias por el recital y la última nota. Ha estado delicioso. Una velada gratísima... Magnífica hospitalidad... ¿Dónde está la próxima trampa?

Arrancó del dintel el cuchillo y con fuerza lo lanzó al aire, clavándolo en el

alto techo artesonado.

Pasó detrás del piano sin perder de vista a Rita Hayward, y de detrás de la abierta partitura quitó otro cuchillo, en un todo idéntico al primero.

Lo lanzó también contra el techo, donde fué a clavarse junto al otro.

—Dos uñas menos. Y ahora, culmine su amable tarea de anfitriona, entregándome la invitación.

—¿Qué invitación? —murmuró ella, entre dientes, haciendo un esfuerzo.

—La indirecta, que le hizo suponer que yo pensaba delatar a su pájaro enamorado.

—Registre usted por sí mismo —dijo ella, desdeñosamente—. No será la primera vez que fuerza muebles y desvalija cajas.

—No me permitiría tal desafuero en casa ajena, estando presente la dueña. Calme mi impaciencia, se lo ruego... Le notifico que estoy tanto más fino, cuanto más deseo matar.

Avanzó ella y fué a abrir un cajón del *secreter*.

—Éste, no —atajó Gambler—. Otro cualquiera. No juegue más conmigo... Hasta ahora he sido un paciente invitado. No me haga olvidar que soy un hombre correctísimo.

Alzó ella la cubierta de la carpeta de cuero que estaba encima del espacio reservado para escribir. La zurda de Gambler cogió prontamente la carta doblada, que abrió ante los ojos de ella.

—Léamela, ¿quiere? No tengo más que dos pupilas, y las necesito.

Con voz crispada fué leyendo Rita Hayward la carta firmada por Frank Lloyd que le había traído, por la mañana el Teniente Carter.

"Beso respetuosamente la mano de *Miss* Rita Hayward, y confidencialmente le doy mi palabra de honor de que me considero uno más de los admiradores de ese gran caballero que administra una justicia ejemplar bajo la máscara de "El Halcón".

"Me congratulo de haber podido averiguar que un aventurero extranjero llamado Rock Gambler, alojado en el "Drinkers House", se ha jactado de conocer la verdadera identidad de "El Halcón".

"Considero pues para mí un grato deber advertir a *Miss* Rita Hayward del peligro que puede suponer la delación o el codicioso y ruin impulso de Rock Gambler de matar al caballero enmascarado del Sur.

"Como prueba de leal adhesión personal a "El Halcón", no vacilo en estampar mi firma."

Cesó ella de leer, y Rock Gambler dobló la carta, que desapareció entre sus dedos.

—¿Quién firma?

—El Coronel Frank Lloyd.

—Muy seguro tenía que estar de que iba yo a perder la vida, para cometer la imprudencia de firmar su declaración de fidelidad a un bandolero perseguido.

Ella guardó silencio. Brillaban sus ojos y su respiración era afanosa, contenida... Se había ya repuesto del sucesivo fracaso de sus esperanzas de suprimir al individuo que había sabido adivinar lo que todos ignoraban. Lo que sólo sabía el propio Frank Lloyd: que ella había atraído al desconocido "Halcón", para servirse de él como instrumento inconsciente. No era por amor por lo que ella defendía a "El Halcón", sino por interés y obedeciendo instrucciones de Frank Lloyd, del cual era ella agente.

Había fracasado su esperanza de qué "Tirol" le sirviera de ejecutor cerrando a una señal de ella sus poderosas mandíbulas alrededor de la garganta del visitante.

Había fracasado en su enervante espera de "El Halcón", que suponía irrumpiría de un momento a otro, ya que el propio Dan Carter había manifestado que la noche anterior había hecho acto de presencia en el almacén de la ribera.

También los cuchillos ocultos tras la partitura habían fallado... Pero quedaban Abijam... y los hombres que desde el astillero había enviado Dave Taft, atendiendo la sugerencia de ella, que sabía que el vapuleado Taft deseaba ardientemente vengarse del que le había roto la mandíbula de un puntapié...

La tardanza de "El Halcón", y el no haber oído la señal convenida con que debían avisar su presencia los hombres de Taft, sólo podía tener una explicación.

Rock Gambler había venido con aquella seguridad en sí mismo a la "Casa Maligna"... porque los rurales le custodiaban desde lejos...

Vió cómo Rock Gambler abría el cajón hacia el que ella dirigió primero sus manos. La culata de una pistola quedó visible...

Con hábil ademán los dedos de Gambler hicieron rodar el barrilete, y las siete balas cayeron en la palma de su mano. Las hizo saltar unos instantes en el aire, como si las sopesara.

—Siete plomos, más dos puñales... ¿No le remuerde la conciencia ante una prueba tan manifiesta de poca cordialidad?

Lo que a ella más le irritaba era la exasperante sonrisa que no abandonaba los ojos su interlocutor, mientras éste retrocedía cautelosamente, adherido a la pared, hasta llegar a la puerta.

—Confío en que no nos veremos nunca más, sirena. Creo que mutuamente nos somos poco agradables. Beso a usted respetuosamente la mano, *Miss* Rita Hayward, y confidencialmente le doy mi palabra de honor de que me considero uno más de los admiradores de ese gran caballero cuyo único error fué enamorarse de usted.

Quedase ella retorciéndose las manos, imagen viva del rencor insatisfecho. Durante su accidentada vida había matado con su propia mano a varios personajes que consideró obstáculos, pero nunca había sentido por nadie el odio que le inspiraba el que acababa de salir...

Apenas había dado dos pasos Rock Gambler, cuando, en el oscuro

exterior, oyó un tenue ruido tras él, y revolvióse rápidamente.

Percibió un surco de relampagueante acero, e instintivamente alzó el brazo izquierdo para detener la mortal puñalada.

Pero, por veloz que fuera su gesto, no habría podido evitar la traidora acometida del largo machete.

Fue el silencioso y rauda, salto de un gran cuerpo grisáceo el que le salvó. Faltaban unos centímetros para que el machete llegase a su meta, cuando las mandíbulas de "Tirol" cerrábanse alrededor de una descarnada muñeca.

El machete cayó al suelo, y el dogo quedó gruñendo ante la masa confusa de un hombre derribado.

La diestra de Gambler asió por el cuello al dogo, conteniéndole...

—Gracias, amigo...

Desde el suelo, reptando hacia el rectángulo de luz que brotaba de la ventana, quedó visible la lívida figura de Abijam... Miraba horrorizado al dogo...

—Levántese, viejo —ordenó. Gambler—. Como ignoro si ha sido por defender a "El Halcón" por lo que ha empuñado usted el machete, no le rompo las costillas soplando. Ande y métase en la cama, condenado viejo... Va usted a pillar un reuma andando a gatas por el húmedo suelo... A su edad no se debe, trasnochar, Tutenkamon... ¡Corra a su alcoba, y escóndase bajo las mantas!

Incorporóse Abijam, y proyectó hacia delante su índice y su meñique de la mano diestra, escupiendo al suelo con furia.

—¡Maldición para el que sea enemigo de "El Halcón"! —dijo con voz aguda, temblorosos todos sus miembros.

—De acuerdo, Abijam. ¡Maldición para sus enemigos y larga vida a "El Halcón"! Y ahora, lárguese, va a coger un resfriado,

—El perro te defiende... y sólo quiere a "El Halcón"... Tú no me matas y yo quise matarte... —fué recitando, como en una letanía, el viejo—. Hay un misterio en ti. El perro no te defendería si fueras enemigo de "El Halcón"... Ella es mala y traidora. Pero "El Halcón" la quiere... Los perros no se engañan cuando son fuertes y salvajes...

Pero ya Rock Gambler había desaparecido entre el bosque... El dogo siguió a su lado basta que inmovilizóse, al llegar Gambler junto al negro caballo, una sombra más entre las sombras.

Dio media vuelta "Tirol" y se alejó camino de la "Casa Maligna". Cuando estaba distante dos metros del umbral abierto, sentóse sobre sus cuartos traseros, olfateó y su garganta empezó a gruñir sordamente.

De pronto irguió la cabeza y lastimero rasgó el silencio con un prolongado aullido estremecedor: aullaba a muerte.

Miraba fijamente al hombre ahorcado en el interior de la "Casa Maligna"...

CAPÍTULO VII

UNA ENTREVISTA CORDIAL

Sin contratiempos, aunque en más de una ocasión tuvo Gambler la impresión de que su regreso a Savannah era acechado desde lejos, entró a lomos de "Brujo" hasta el mismo pesebre de la corraliza del "Drinkers House".

No atravesó la sala, donde en aquellos instantes se bebía y se jugaba bajo la vigilante mirada de Norah Blondel, que, tras el mostrador, permanecía sentada en su elevado sillón.

Subió al primer, rellano, valiéndose de la escala vertical de peldaños de hierro empotrados en la fachada posterior de la casa.

Una vez en el interior de su habitación, aseguró puertas y ventanas, corriendo tras ellas las barras de hierro.

Había decidido ponerse en marcha a la mañana siguiente hacia Beaufort, la ciudad dónde vivía la familia Ryan.

Pero su intención era únicamente entrevistarse con el Coronel Lloyd... Habíase tan sólo quitado la chaqueta y el sombrero, cuando resonaron en la puerta unas llamadas imperativas y unas palabras bruscas.

En vez de acudir a la que era aporreada, se dirigió a la que comunicaba con el cuarto de baño y la fachada posterior, abriéndola...

La barra de hierro que acababa de liberar de los garfios para mantener abierta aquella vía de escape fué colocada por él tras el sillón, entre el respaldo y la pared.

Quitóse el cinto, después de liberar el extremo de la funda pistolera, y lo arrojó sobre la cama.

En mancas de camisa acercóse a la puerta, donde habían sonado nuevos golpes, más sonoros ahora.

—¡Abra! ¡En nombre de la ley! —se oyó, mitigado por el espesor de la madera. Eran las mismas palabras que ya antes había entendido perfectamente.

Apartó la barra de hierro, conservándola en la mano, hasta que, cediendo al empujón, la puerta reveló la presencia de un individuo canoso y rechoncho acompañado de otros dos que como él ostentaban en la solapa de la chaqueta y en la cinta del ancho sombrero un botón dorado.

El que entró primero lo hizo deslizando miradas de soslayo a su alrededor. Su rostro era moreno, redondo y amable.

Los otros dos colocáronse uno a cada lado de la puerta, introduciendo los pulgares en el cinto, entreabierta la levita, y dejando visibles las dos pistolas.

—Buenas noches —saludó suavemente el canoso—. Tardó usted en abrir.

Rock Gambler, dejando la barra de hierro en el suelo, dirigióse al sillón cercano a la pared, sentándose. Guardó silencio.

El canoso avanzó un paso, exhibiendo unos dientes blanquísimos en el

atezado rostro.

—¿Está, tranquila su conciencia? —preguntó, melifluo.

La pregunta podía parecer absurda, y también podía parecer inofensivo Jeremy Dupont Bloke, el jefe de los rurales de Savannah, criollo de padre francés y mulata oriunda de Savannah.

Pero los dos hombres que inmóviles se apoyaban en la pared a cada lado de la puerta conocían sobradamente los métodos refinadamente crueles del inteligente criollo.

—Siempre está tranquila mi conciencia, porque nunca estamos en desacuerdo.

—¿Es por eso por lo que acudió a abrir sin armas?

—Usted es perspicaz.

—Soy Jeremy Dupont Bloke.

—Lo siento.

—¿Qué quiere usted significar?

—Hay nombres difíciles de llevar.

—He venido animado de la mayor cordialidad. Nuestra entrevista no puede terminar mal, *monsieur*, a menos que usted olvide quién soy y demuestre su necia inclinación a mostrarse ofensivo. Tengo que someterle a un interrogatorio, y le ruego que no intente, ninguna reacción hostil. Hasta este instante no nos habíamos entrevistado, pero nos conocemos, *monsieur*. Hace dos años apareció por vez primera por aquí, poco después de que yo fuera nombrado jefe de las fuerzas rurales de Savannah y su comarca. He oído hablar lo suficiente de usted para formarme una idea de su carácter, costumbres y personalidad.

—Esta última frase puedo hacerla mía.

—Es natural. Todo el mundo conoce en Savannah a Jeremy Dupont Bloke.

—¿No podríamos ir al grano? Tengo sueño y me disponía a dormir, cuando usted sacudió la puerta.

—Yo soy lento, pero seguro, *monsieur*. Le notifico que he interrogado a veces individuos coriáceos y listos, con tantas ínfulas como las que usted exhibe. Y nunca se llevaron un buen recuerdo, mío antes de patear al extremo de una soga de cáñamo. ¿Sabía esto?

—¿Quién no? Conozco esos guantes que lleva. Tienen plaquitas de plomo bajo la piel, cubriendo los nudillos...

Sonrió, brillantes los ojos, el criollo, que con tono más melifluo que nunca comentó:

—Indudablemente no es usted estúpido, *monsieur*. Se anticipa usted a los acontecimientos. Sólo empleo los guantes cuando la persuasión de mis palabras no consigue hacer entrar en razón a mis interrogados. Dígame: ¿a qué obedecen sus esporádicas visitas a Savannah?

—Adoro viajar.

—¿Quién paga sus viajes?

—Las cartas.

—Me consta su habilidad en volver el naipe a su favor. Pero intente darse cuenta de que no estamos jugando una partida de *poker*. ¿Cuál es la verdadera razón de sus viajes?

—Pólvora y armas. Negocio legal entre fábricas inglesas y arsenales de la Unión.

—Esta respuesta me complace, *monsieur*. Al menos por ahora juega cartas boca arriba.

—El verdadero jugador sabe cuándo no puede hacer trampas.

—¿Dónde estuvo usted esta noche, entre nueve y diez?

—En la "Casa Maligna".

Con un suspiro de decepción, Jeremy Dupont Bloke miróse por unos instantes los nudillos de sus guantes de piel de cerdo.

—¿A qué fué allí?

—Invitado por *Miss* Rita Hayward. Conocía mi afición por los recitales de piano.

—¿Sí? —y el jefe rural avanzó un paso más hacia el hombre sentado, acariciándose las manos enguantadas—. Antes de proseguir indagando lo que ocurrió en la "Casa Maligna", dígame: ¿conoce a Dave Taft?

—Tiene una mandíbula poco sólida. Es cuanto conozco de él.

—¿Por qué peleó con él?

—Legítima defensa. Quien está dispuesto a pegar, debe estar también dispuesto a recibir.

—¿Sí? Ya volveremos sobre este aspecto del interrogatorio. ¿Por qué le invitó *Miss* Hayward?

—Dijo que había oído decir que yo dije que conocía la verdadera identidad de "El Halcón". Decires en que abunda esta tierra.

—¡Ah!... Interesante... ¿Y ha oído usted decir quién es *Miss* Rita Hayward, *monsieur*?

—Dicen que es la novia número ciento uno de "El Halcón".

—Está usted bien enterado de los rumores. ¿Fué accidentada su entrevista con *Miss* Rita Hayward?

—Fué tan cordial como la presente. Había amenazas en el ambiente, pero no se pasó a vías de hecho. Mi galantería me lo impidió, al igual que mi respeto por la ley me hace contestar a usted dócilmente.

—¿Por qué ahorcó entonces a Abijam?

Pestañeó Gambler, examinando el rostro del jefe rural.

—Ignoro el alcance de su pregunta.

—Le ayudaré a comprenderme, *monsieur* —y Dupont dió un paso más, quedando a escasa distancia del sillón, frotándose suavemente las manos enguantadas—. Recibimos un aviso anónimo, en que se comunicaba que siguiéndole los pasos daríamos con "El Halcón". Gracias a la vigilancia a que le hemos sometido, se ha evitado usted una contingencia desagradable. Tres hombres del astillero de Dave Taft juzgaron muy apropiado el paraje de la colina para aguardarle y propinarle una paliza. Quieren mucho a su jefe, y no

estaban dispuestos a perdonar que un forastero le hubiese quebrado la mandíbula. Como representante de la ley les disuadí de sus propósitos. Se fueron, y continuamos acechando la "Casa Maligna". Cuando Usted la abandonó, un dogo aulló a muerte. Envié a uno de mis hombres a la casa, mientras yo le seguía con mis dos ayudantes. En la "Casa Maligna" había dos cadáveres. Un dogo con la garganta atravesada por un cuchillo que debió serle, arrojado después de que usted se marchara,

—Pobre "Tirol"... Eran un hermoso ejemplar de perro.

—¿No le interesa saber a quién pertenecía el segundo cadáver?

—Supongo que era el de Abijam.

—¿Reconoce, pues, haberle ahorcado?

—Me limito a reconocer que no puedo poner en duda su afirmación de que Abijam fué ahorcado.

—Por usted, ¿no es cierto? ¿Dónde enterró el cadáver tercero?

—¿Dónde? Si no me lo dice usted, continuaré ignorándolo.

—Es mi última explicación benévola, *monsieur*. Dentro de la casa, había manchas de sangre y jirones de un vestido femenino. No había trazas de *miss* Rita Hayward. ¿Confiesa o... le ayudo?

—Por el instante no preciso de su generosa oferta de ayuda. Le explicaré lo que sucedió. Al salir de la "Casa Maligna", *miss* Rita Hayward, el dogo y Abijam gozaban de excelente estado de salud. Un intento de agresión de Abijam fué dominado por el dogo, que me acompañó hasta el lugar donde tenía yo mi caballo. Abijam quedó muy vivo, tan sólo con su muñeca desgarrada, maldiciendo a los enemigos de "El Halcón". *Miss* Rita Hayward creía que yo conocía la identidad de ese pájaro, porque recibió también un anónimo, seguramente debido a la misma mano, en esto sentido. Le suponen inteligente Dupont. Comprenda que si yo supiera quién es "El Halcón", habría acudido a que me entregase los diez mil dolares. Si hubiese dado muerte a Abijam y a la pianista, no estaría aquí ni habría cerrado mis puertas y ventanas. Mire aquella puerta. Comunica con el cuarto de baño y éste a su vez tiene una ventana que me ofrecía una fácil vía de escape, porque se abre sobre una escalera. No soy responsable de lo sucedido en la "Casa Maligna". Si lo fuera, cuando usted llamó, habría emprendido el vuelo. En vez de hacerlo, acudí sin armas, y aquí estoy sentado y dócilmente inerme.

—Veo que no quiere hacer caso de la persuasión, *monsieur*... Tendré que encarcelarle... pero antes me gustaría oírle confesar de plano.

La lenta inclinación de Jeremy Dupont Bloke era significativa. Sus dos brazos retrocedieron con exasperante lentitud, indicando su intención de propinar un doble puñetazo...

Quedó inmóvil, porque el hombre que creía desarmado, y cuyas dos manos se enlazaban indolentemente alrededor de sus rodillas, acababa de hacer un rápido movimiento, que por la rapidez de ejecución, veíase que ya había sido realizado con la misma destreza en otras ocasiones.

Las dos manos parecieron hundirse en las vueltas de las botas,

reapareciendo armadas de dos pistolitas planas, de largo cañón...

—Está así muy bien, Dupont. No se mueva... ¡Vosotros dos, alzad los brazos! Que os vea tocar el techo... Así... Perfectamente...

Uno de los largos cañones apuntaba hacia la puerta, donde los dos rurales obedecieron prontamente, tan sorprendidos como su jefe.

Jeremy Dupont Bloke alzó los dos brazos también. Pasóse la lengua por los labios.

Siguió Gambler sentado...

—Retroceda un par de pasos, Dupont. No me gusta su cercanía. Son bonitas ¿verdad? Último modelo, Sólo tienen cabida para tres balas. Casi son pistolas de salón. Disparan sin mucho ruido. Un radio de acción inferior a los treinta metros. Hieren a veinte, matan a diez. Confío en que me creerán bajo palabra, y que: no tendré necesidad de hacer una demostración práctica.

—Cuidado, *monsieur* —dijo Dupont ya repuesto, y con amable tono—. Está usted amenazando a tres representantes de la ley.

—No, no... Estoy ayudándoles. Yo soy el primer interesado, en que la ley triunfe. Quiero que quede vengada la muerte del dogo.

Con el cañón de una de las pistolas, apuntó Gambler hacia el cinto de Dupont, Junto a las pistoleras asomaban los rollos de finó bramante que solían rodear los brazos de los delincuentes.

—Ate a sus dos hombres, Dupont. Hágalo concienzudamente. Si ha oído hablar de mí, sabrá que disparo infaliblemente tanto con una como con otra mano. Cualidad obligada en un vendedor de armas para demostrar la bondad del material que vende. Cierre antes la puerta... Hágalo todo inteligentemente... Si pensaba ahorcarme por tres muertes que no he ocasionado, tenga la convicción de que tanto me dará ser ahorcado por seis cadáveres como por tres. Con una sola diferencia: confesaría que los cadáveres de ustedes son obra mía... si usted actúa ofuscado.

Jeremy Dupont Bloke dirigióse hacia la puerta. Recogió la barra de hierro que colocó en sus garfios, después de cerrar aquélla.

Mostró una gran pericia atando los brazos de sus dos ayudantes contra sus costados.

Volvióse en alto los brazos...

—Espero que haya quedado usted contento, *monsieur*. Yo también sé jugar, y comprendo cuando llevo la carta contraria.

—Desabróchese el cinto y déjelo resbalar al suelo.

—Por completo a sus órdenes, *monsieur*? ¿Qué más?

—Cuando yo le entregue a la persona responsable de las muertes que me achaca, Dupont, no me acuse de violencias contra representantes de la ley. Yo no he puesto la mano encima de ninguno de sus dos ayudantes. Me he limitado a evitar una injusticia.

—No pienso discutirle sus puntos de vista, *monsieur*.

—Siéntese aquí, Dupont. Estará más cómodo mientras me visto.

El criollo instalóse en el sillón. Sudaba su frente, pero ostentaba una amable

sonrisa.

Rock Gambler introdujo rápidamente las dos pistolas largas y aplanadas en el interior de sus botas. Ciñóse el cinto, colocóse el sombrero y púsose la chaqueta.

Sus ojos estaban constantemente fijos en los de Jeremy Dupont Bloke. Recogió de debajo de la cama un saco de lona como los usados por los marinos, cuya bandolera se pasó al hombro.

—¿Un largo viaje, *monsieur*?

—Posiblemente. No me diga que la huida significa reconocer la propia culpabilidad.

—Yo no he dicho nada.

—Yo deseo que esta entrevista tenga un final cordial, te invito a acompañarme en el primer trecho de mi viaje, para explicarle algo que le gustará mucho saber.

—Siempre a sus órdenes, *monsieur*. ¿Cuál es el camino?

—Por el cuarto de baño, la ventana y la escalera. Sin prisas.

En el establo, señaló Gambler el blanco caballo que ostentaba una estrella negra en la frente.

—Ensille. Dupont. Precédame el paso hacia la carretera de Beaufort.

Los dos caballos, conducidos al paso por dos jinetes que se mantenían bota contra bota, abandonaron el establo.

—Hermosa noche —comentó Dupont—. Cesó el viento.

—Tiene usted una reputación especial, Dupont. Duro, insensible, cruel, armado de una coraza de resentimiento que oculta bajo sonrientes modalidades de exquisita cortesía francesa.

—Me halaga, *monsieur*.

—Podrá volver por el mismo camino que salimos. Liberará a sus hombres y nadie sabrá lo ocurrido.

—Agradecido, *monsieur*. Espero que regresará usted pronto a Savannah, y podré devolverle los favores con que me colma.

Estaban ya en las afueras de la ciudad, y la carretera que conducía a Charleston pasando por Beaufort estaba en aquel trecho flanqueada por altos robles.

—Usted es un carácter, Dupont. Tiene inteligencia, y aunque yo personalmente pueda parecerle un gran imprudente al anunciarle mi propósito de ir a Beaufort... no es una imprudencia.

—*Monsieur* es un jugador con muchos recursos. Insinúo que quizá sería preferible no creyese que me lanzaré en su persecución hacia Beaufort.

—Voy a Beaufort, Dupont. Allí me encontrará si lo desea, una vez haya liberado a sus dos ayudantes. Me han dicho que es usted un gran jugador de *poker*.

—No llego a su habilidad proverbial, *monsieur*, pero poseo la suficiente serenidad para no alborotar mis nervios cuando algún contrincante saca dos ases del revés de sus botas —y el criollo lanzó un tenue suspiro—, no siempre

he de tener yo los ases...

—Como dijo muy bien, la noche es hermosa, Dupont. Usted es culto y le gustará oír un poco de historia. Supóngase que en vez de nombrarle jefe rural de Savannah, le hubiesen nombrado agente de ventas de un núcleo de fábricas inglesas, pero dándole por terreno de venta el litoral atlántico de los Estados Unidos.

—Actualmente en desunión, muy nerviosos, y exacerbados contra los ingleses, *monsieur*.

—Cierto. Supóngase, pues, que usted admitiera el desempeñar esta misión.

—Juego al *poker*, *monsieur*, pero escasas veces me he jugado la vida... a menos de tener los ases a mi favor.

—Yo los tengo.

—La prestidigitación tiene sus fallos. Cuando el espectador se ha dado ya cuenta de que el malabarista extrae conejos y palomas del fondo de un sombrero, desconfía del sombrero y no se puede repetir el espectáculo.

—Hay muchas clases de juegos de manos. Oiga uno muy curioso. Usted ahora regresará al "Drinkers House" y lanzará a sus hombres en mi persecución hacia el Sur... Sin embargo esta carretera conduce al Norte.

—Me aturde, *monsieur*. Beaufort no es de mi jurisdicción. Pertenece a otro estado.

—Volveré a Savannah, Dupont. Cuando haya dado con la solución de lo ocurrido en la "Casa Maligna". Hay en Beaufort un supuesto caballero que podrá quizá darme alguna pista.

—Aguardo respetuosamente que me explique usted su nuevo juego de manos, *monsieur*.

—Es sencillísimo. En poco aprecio tengo mi vida, pero no he pensado nunca jugármela estúpidamente.

—Aparentemente, hay muchos ciudadanos en Savannah que no opinarían lo mismo, *monsieur*.

—También aparentemente es usted un gran defensor de la ley en Savannah, Dupont. No hay nadie que no le reputé un ardiente, partidario de los ideales sudistas.

—Lo soy, por convicción y arraigo, desde mi más tierna infancia.

—Olvidó el *monsieur* ahora... Tiene sensibilidad, Dupont. Le va interesando sobremedida mi charla bajo este magnífico claro de luna. Es que llegamos al punto en que su compañía me asquea ya. Y quiero abreviar. Tan pronto le ordene, largarse, iré en busca de uno de los muchos ases que tengo repartidos por el litoral. Un marino de tantos... Uno que se pondrá rápidamente en camino, cruzará el Atlántico y entregará en Londres una carta. Una de las tantas que yo envío hacia allá. ¿Sabe lo que contendrá? Algo muy lacónico, porque ya tienen archivado un informe sobre usted. Me limitaré a decir que si llegan a carecer de noticias más indaguen las causas, y si averiguan que es usted el responsable de mi muerte, envíen a todos los organismos del Sur la prueba testifical que ha de servir para probar que usted

odia a los caballeros del Sur con tanto odio cómo es posible acumular en quien fué el hijo de una esclava y un hacendado francés.

El suspiro que lanzó Dupont tenía hondura...

—Este juego de manos ha sido magnífico, *monsieur*. Si posee muchos informes de esta índole, y sabe silenciarlos para explotarlos tan sólo en los momentos más adecuados, llegará usted a centenario.

—Ese es mi deseo. Tiene mi autorización para largarse, Dupont. Cuando vuelva a Savannah, ya en claro lo sucedido en la "Casa Maligna", olvídense de mi existencia, como yo seguiré olvidando la suya.

—Buenas noches, *monsieur* y feliz viaje.

Inmóvil en la carretera, Rock Gambler esperó a que la figura del jinete que al trote se dirigía hacia la ciudad de Savannah, fuera empequeñeciéndose.

Dió entonces un giro a las riendas, y al galope emprendió el camino hacia Beaufort.



¡YA ESTA AQUI!..



EL HALCON

¿Es un patriota?

¿Es un cínico?

¿Es un escéptico?

De todo tiene este misterioso personaje cuyo proceder irrita unas veces y otras conmueve.

PERO SIEMPRE APASIONA

Conocer a Rock Gambler, el hombre que juega su vida haciendo saltar una moneda, es conocer al aventurero más audaz y desconcertante de todos los tiempos.

TITULOS DE LOS PRIMEROS EPISODIOS:

- | | |
|------------------------------|---------------------------------|
| 1 El jugador de su vida. | 8 La conjura de los pistoleros. |
| 2 La venganza de Dan Carter. | 9 La venus de ébano. |
| 3 La espía yanqui. | 10 Pico de Tucán. |
| 4 Murciélagos en La Florida. | 11 Dandy Pólvora. |
| 5 "Muro de piedra" | 12 El bloqueo de Nueva Orleans. |
| 6 El Bonaparte americano. | 13 Montañas azules. |
| 7 Pulsos de oro. | 14 El Cocodrilo y la Gaviota. |
| | 15 El ramo de Azahar. |

Precio del ejemplar, conteniendo un episodio completo, **3 pt**

ES UNA PRODUCCION DE
EDITORIAL BRUGUERA

PROYECTO, 2 - TEL. 82981 - BARCELONA

Notas

[←1]

() Matón que pone orden en las pendencias tabernarias.